



#6

Noviembre
2021

Izquierda: teoría y praxis

Reflexionando
sobre diversas
obras en torno a la
izquierda

SEGUNDA PARTE

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Izquierdas: praxis
y transformación
social**



CLACSO

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Susana Murillo
Patricia Pensado Leglise
Pablo Pozzi
Sian Lazar
Débora Díaz
Rodolfo Gómez
Gerardo Alberto Médica
José Luis Fernández
Nayeli Camacho Olvera
Ana Jemio
Lylia Palacios

Izquierda : teoría y praxis : reflexionando sobre diversas obras en torno a la izquierda, nro. 6 / Pablo A. Pozzi ... [et al.] ; coordinación general de Viviana Bravo Vargas ; Mariana Mastrángelo ; Pablo A. Pozzi.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2021.
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-038-5
1. Izquierda Política. 2. Historia. I. Pozzi, Pablo A., coord. II. Bravo Vargas, Viviana, coord. III. Mastrángelo, Mariana, coord.
CDD 306.20982



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones
Gustavo Lema - Director de Comunicación e Información

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora
Cecilia Gofman, Giovanni Daza, Rodolfo Gómez, Teresa Arteaga
y Tomás Bontempo.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |
<www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Coordinadoras

Viviana Bravo Vargas
Departamento de Investigación y Postgrados
Universidad Academia de Humanismo Cristiano
Chile
vivianabravo@gmail.com

Mariana Mastrángelo
Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas
Argentina
mariana_mastrangelo@hotmail.com

Coordinador del Boletín #6

Pablo Pozzi
Facultad de Filosofía y Letras (UBA)
Instituto de Estudios de América Latina (INDEAL)
Argentina
pablo.pozzi@yahoo.com.ar

Contenido

- 5 **Presentación**
Pablo Pozzi
- 7 **Los inicios del genocidio**
Susana Murillo
- 22 **¿Una cultura de izquierda?**
Patricia Pensado Leglise
- 29 **Dos reflexiones sobre Ronaldo Munck y los movimientos sociales en América Latina**
- 30 **Un libro que desafía**
Discutiendo *Social Movements in Latin America. Mapping the Mosaic* de Ronaldo Munck
Pablo Pozzi
- 37 **Investigación sobre movimientos sociales, clase y protesta**
Sian Lazar
- 44 **Las mujeres de los Sem Terra de Brasil**
Débora Díaz
- 50 ***Haciendo historia***
Dos reflexiones sobre un libro de metodología de la investigación social
- 51 **La importancia de “hacer historia”, el campo académico-intelectual y sus políticas culturales**
Rodolfo Gómez
- 62 **Breve comentario a *Haciendo historia***
Herramientas para la investigación
Gerardo Alberto Médica
José Luis Fernández
- 68 **Historia reciente y solidaridades**
Nayeli Camacho Olvera
- 72 **Represión y Universidad en Colombia**
Ana Jemio
- 77 **La rebeldía en palabras y hechos**
Lylia Palacios

| Presentación

En las últimas décadas la producción académica, o sea las investigaciones, sobre diversos aspectos de la izquierda latinoamericana ha crecido exponencialmente. Lo que fueron a fines del siglo XX algunas decenas de obras sobre estos temas, se han convertido en cientos en el siglo XXI. En todas hay planteos nuevos, discusiones de hipótesis viejas, polémicas a veces abiertas y otras veces muy solapadas. En este Boletín el Grupo de Trabajo: Izquierdas: praxis y transformación social, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pretende un aporte a la discusión de esas obras.

Lo que hemos hecho es reunir una serie de trabajos y solicitar a diversos investigadores que escriban una reseña discutiendo los mismos. Nos hemos centrado en dos tipos de trabajos: el primero, es de aquellas producciones del mismo GT; el segundo, de otras obras que eran de relevancia para los mismos investigadores del GT. Asimismo, los autores de las reseñas han sido elegidos entre integrantes del GT y otros investigadores que fueron invitados expresamente a discutir una obra en particular.

Por último, el Boletín comienza con tres artículos de discusión (por no decir polémica) cuyo eje central es profundizar la temática en torno a la lucha armada y también las políticas represivas (el genocidio, dice Susana Murillo). Ambos temas han sido el punto de partida de, y subyacen a, buena parte de las obras escritas en las últimas tres décadas.

En fin, se trata de dar a conocer diversos trabajos y, más importante, de plantear ejes de discusión hacia el futuro. En esta segunda parte se amplían los intereses del GT para incluir discusiones en torno genocidio, cultura, movimientos sociales, género, y cómo investigar.

Pablo Pozzi

Grupo de Trabajo CLACSO

Izquierdas: praxis y transformación social

Octubre, 2021

Los inicios del genocidio

Susana Murillo*

A principios de 2021, Ana Jemio publicó *Tras las huellas del Terror. El Operativo Independencia y el comienzo del genocidio en la Argentina* (Buenos Aires; Editorial Prometeo, 287 páginas, ISBN 978-987-8331-57-7). Esta es una obra de alta relevancia pues cubre un importante proceso histórico cuyos efectos hasta el presente es necesario continuar estudiando, pues tal como constata la autora, en diversos momentos aparecen nuevos testimonios que tornan al proceso estudiado en un campo indefinido, como indefinido es el número de sus víctimas puesto que en diversos momentos, nuevos testimonios surgen del silencio al que los condena el terror. El análisis histórico implica, además, y no por ello menos valioso, un cuidadoso trabajo conceptual que permite alumbrar aspectos de una ontología histórica de nuestro presente. En ese sentido resulta altamente original y valioso el hecho de que, si bien se han hecho importantes investigaciones acerca del accionar represivo de las dictaduras del Cono Sur, es menos abundante la investigación respecto de “innovaciones” en los modos de tal accionar durante períodos de gobiernos constitucionales.

El objetivo general de la obra es contribuir a la comprensión del Operativo Independencia (febrero de 1975 - marzo de 1976) como fase inicial del

¹ Doctora en Ciencias Sociales (UBA) Mgr. en Política Científica (UBA), Lic. en psicología (UBA, Profesora en Filosofía (UBA). Investigadora del Instituto “Gino Germani”. Facultad de Ciencias Sociales (UBA.)

genocidio perpetrado en Argentina entre 1976 y 1983. Los términos “fase inicial” y “genocidio” aluden a dos grandes discusiones político-académicas”. En esa clave, la obra se inscribe y remite a esos valiosos debates respecto de *cómo conceptualizar* y *cómo periodizar* los modos de ejercicio de la violencia estatal sobre los cuerpos.

La hipótesis fundamental radica en que la estructura de tal violencia es semejante a la desplegada durante la dictadura. Lo cual implica que el cambio cualitativo en el modo de ejercer la violencia estatal comienza ya en un período caracterizado como constitucional. La afirmación resulta relevante, pues coincide con investigaciones sobre la matriz epistemológica neoliberal, las cuales indican explícitamente que democracia y dictadura son dos modos que el neoliberalismo puede adoptar, aunque sus características son diversas. La democracia posibilita ciertos derechos que las dictaduras cercenan. Lo que la autora permite comprender es precisamente que la violencia estatal sobre los cuerpos desplegada en la década de 1970, pero con raíces que se despliegan ya desde la década , vino a transformar las racionalidades de gobierno hegemónicas en el Cono Sur, para crear las condiciones para el desbloqueo del neoliberalismo. Con ello la obra llama la atención no sólo sobre la violencia y el horror, sino sobre el *aspecto político* del proceso centrado en una nueva forma de *dominación*.

En ese sentido tanto *la periodización propuesta como la conceptualización* según la cual el Operativo Independencia es la fase inicial del genocidio, resultan pertinentes, (en ese sentido la autora afirma que se corrobora lo sostenido en algunas investigaciones previas encabezadas por las de la socióloga Inés Izaguirre, que sostiene que la dictadura no emerge a raíz de una serie de acciones “guerrilleras” de carácter ascendente). En este sentido, el genocidio toma su sentido pleno no sólo a partir de la destrucción de las fuerzas sociales que se oponen al poder hegemónico, sino también a partir de lo que puede generar en los vivos: la transformación de sus valores respecto del lugar del Estado, el mercado, el individuo, la sociedad y todos los valores ligados al neoliberalismo, que no eran hasta entonces centrales en el imaginario de las poblaciones en Argentina.

En ese sentido, *la hipótesis*, que se desprende de la anterior, es que tal genocidio se propuso transformar los modos de ser, hacer y estar de los sectores populares. En esa clave la autora sostiene que lo que hace que la “nueva forma de castigo estatal consista en un genocidio no es una proposición verificable sino una hipótesis interpretativa. O, dicho de otro modo, una interpretación a fundamentar, no una proposición a verificar” (Jemio 2021, p. 27). Algo que se articula con *la segunda hipótesis* sostenida por la autora, la cual propone demostrar que en la estrategia implementada por el Ejército en el sur de la provincia se identifican al menos tres tipos de mecanismos de poder con características y objetivos específicos: “las prácticas estrictamente represivas, las prácticas de control poblacional y los mecanismos de construcción de legitimidad” (Jemio 2021, p. 30). De modo que las tácticas articularon, como puede leerse en diversos documentos de la matriz epistemológica neoliberal, *coerción y construcción de consenso*. Esta hipótesis es corroborada por la autora desde la lectura de documentos internos del ejército, donde la figura del enemigo interno tiene como blanco a toda la población, a partir de la emergencia de una nueva modalidad del poder punitivo, uno de cuyos vértices es la instalación de centros clandestinos de detención.

El trabajo se inscribe metodológicamente en las fuentes documentales, pero también en la historia oral a partir del involucramiento de la autora con miembros del Grupo de Investigación sobre el Genocidio en Tucumán (GIGET), proceso que le da una sensible cercanía al dolor, a la lucha y a la memoria, sin por ello abandonar el cuidado en el análisis de procesos, todo lo cual permite comprender por qué la obra está escrita en primera persona del singular. La escritura clara, cálida y a la vez sólida, se acerca con ternura y cuidado al dolor de nuestra historia. En ese sentido invita al lector a sumergirse en el texto, a pesar de los obstáculos epistemofílicos que el tema puede despertar. De modo que, de la mano de Marga, secuestrada en aquel tiempo, cuanta que a partir de “2005 y durante por lo menos seis años hicimos entrevistas, talleres, jornadas de reflexión y homenajes que me fueron generando un compromiso intelectual, político y afectivo con el tema” (Jemio 2021, p. 17). El involucramiento con el proceso de militancia le permitió no sólo investigar los hechos, sino aprender modos de trabajo, algo altamente valioso. Es

también inestimable su explicitación acerca de la dificultad que implicó la construcción del problema de investigación y su reconocimiento de que la construcción del mismo tiene su base en trabajos colectivos, algo infrecuente, particularmente en tiempos en los que la cultura neoliberal coloca al yo individual por encima del lazo colectivo. El proceso de Jemio continuó con su incorporación al Equipo de Asistencia Sociológica a las Querellas (EASQ), actualmente Observatorio de Crímenes de Estado (OCE), equipo que realizó un acuerdo con la organización Memorias e Identidades del Tucumán y contribuyó con una querrela en la Mega Causa Operativo Independencia. El recorrido le permitió a la autora no enfrentarse como sujeto distante del objeto de estudio, sino *comprender* sentidos que tal lejanía no posibilitan, a la vez que los hallazgos confluyen con el procesamiento de información en vistas a dar solidez *explicativa* a las conclusiones.

Metodológica y teóricamente se propone estudiar no “instituciones, sino prácticas”. Sus fuentes principales son tres: a) entrevistas a sobrevivientes (que posibilitan la reconstrucción de procesos), b) documentación judicial relativa al Operativo Independencia, producto de la cual es la base de datos de víctima usada en el libro, c) reglamentos y normativas militares. A ello agrega fuentes secundarias como la prensa escrita, material judicial, declaraciones de represores.

La obra parte de la reseña de un conjunto de investigaciones, conceptualizaciones y debates, respecto de los cuales la autora muestra respetuosamente sus deudas, así como sus discrepancias, en este sentido la escritura tiene otro aspecto valorable éticamente: no hace hincapié en las disensiones a partir de diversas interpretaciones del dolor pasado que habita nuestro presente, sino en la fecundidad y aporte de las diferencias. A partir de ahí *va construyendo un marco conceptual*, centrado en la dispersión, lo cual implica buscar las heterogeneidades, aun en la continuidad; esta articulación de ruptura y continuidad le posibilita fundamentar la periodización propuesta, al tiempo que resignifica y valoriza conceptos como “Estado terrorista”, “dualización represiva del Estado”, “fuerzas sociales y “territorialización social”, conceptos que le permiten abordar la experiencia argentina con cuatro significantes que

son presentados en su aspecto coercitivo pero también constructivo de nuevas relaciones sociales, eje de la obra: 1) “delincuente subversivo” como un signifiante tan vago y ambiguo que cualquiera podía ser incluido en él; 2) “clandestinidad de la represión”: que en los hechos concretos dejaba ver a la población de manera siniestra lo que acontecía; 3) “desaparición forzada”: que implica mirar y pensar en los sobrevivientes y 4) “sospecha”: que produce ruptura de relaciones sociales y el enajenamiento. Todo lo cual decanta en un estado de *desamparo de los sobrevivientes* que tiene efectos no meramente coactivos, sino productivos de procesos de subjetivación que tienen efectos hasta el presente. Un mérito fundamental de la obra consiste en que las conceptualizaciones de partida, son desplegadas a lo largo de todo el estudio a partir del análisis de fuentes, logrando corroborar y fundamentar las hipótesis planteadas en una escritura que a continuación reseñamos brevemente, algo que consideramos necesario (a pesar de la extensión de esta reseña) está poniendo a prueba hipótesis e interpretaciones que, como ya se señaló, no son unánimemente aceptadas.

En esa clave retomando conceptos de Juan Villarreal propone que el genocidio “tuvo por objetivo transformar la estructura social argentina a través de la *homogeneización de los sectores dominantes y la fragmentación de las clases subalternas*” (Jemio 2021, p. 31). Las clases subalternas en Argentina, y en particular en Tucumán, sostiene, habían conformado una cierta homogeneidad basada en el sentimiento de “nosotros versus ellos”, es decir, no sólo en condiciones materiales de vida diferentes sino en un sentimiento de diferencia, que aunque no se materializase en la pertenencia a un partido expresaba una cultura, unos modos de vida, una conciencia de diferencia basados en un sustrato antepredicativo de experiencia y creencias que no rompía con el capitalismo, pero que se alzaba como obstáculo al proyecto neoliberal. Cultura que precisamente la dictadura vino a desestructurar. Para ello no alcanzaron las medidas de disciplinamiento (como la cárcel), fue necesario el *terror como elemento estructural*.

En el caso de Tucumán la clase obrera azucarera se presentaba como la más importante de la provincia, siendo la FOTIA, en 1965 el cuarto

gremio en importancia, no sólo por su número y defensa de los trabajadores, sino por su comprensión y difusión de las condiciones de trabajo y los efectos de las tecnologías en la estructuración de los procesos de trabajo y generación de plusvalor, así como por sus esfuerzos internos de democratización; en ese sentido tal gremio encabezaba una importante fuerza social de los sectores populares en Tucumán que articulaba organizaciones sindicales, estudiantiles, políticas y religiosas que trajo una experiencia de lucha generalizada. Experiencia frente a la cual la mecanización de la producción, el cierre de ingenios y la concentración del poder económico, tuvieron durante el Onganiato como efecto fragmentar las condiciones de vida, pero no lograron transformarse automáticamente en derrota y desmovilización; la fragmentación se hace visible recién en 1968. No obstante, “[e]ntre 1969 y 1972 hubo varias líneas de conflicto y se generaron allí distintas formas organizativas. Las acciones más masivas fueron los Tucumanazos” (Jemio 2021, p. 41-42), contexto en el cual surgen las guerrillas. De ahí, sostiene la autora, hubo algo con lo que no pudieron las diversas medidas de la clase hegemónica: *se trató de la experiencia de lucha*. Éste es uno de los aportes fundamentales de esta obra: el rescate de la “experiencia” como substrato de lo social, capaz de generar iniciativas no sólo de resistencia, sino también de innovación en las condiciones de vida colectiva, así como de transferencia hacia otras organizaciones de las propias prácticas y la articulación con sectores combativos a nivel nacional. En ese sentido sostiene la autora: “La dura derrota que había sufrido la clase obrera tucumana con el cierre de ingenios, entonces, no anuló la protesta sino que, inicialmente, la dispersó” (Jemio 2021, p. 43), es decir la extendió a diversos campos. Al tiempo que la lucha se profundizó con las elecciones de 1973. De modo que: “Los trabajadores habían sufrido una derrota, pero se proponían revertirla: no hay fragmentación que pueda consumarse cuando no se ha roto la noción de continuidad. Esta tenacidad constituyó un obstáculo infranqueable para las necesidades del capital” (Jemio 2021, p. 43). Esa fuerza social, aunque atravesada por diversas líneas, fue donde nacieron las guerrillas y a esa compleja fuerza social fue a quien trató de destruir el genocidio.

Esa fuerza social, a pesar de sus diferencias se mantiene al menos hasta 1974, consigna la autora, cuando una huelga es derrotada, ahí comienza un reflujo, que constituye la condición de posibilidad del Operativo Independencia, como una nueva estrategia de poder. Es precisamente en ese año cuando comienzan los tres operativos “antiguerrilleros” que se retomarán y reproducirán de manera ampliada a partir de febrero de 1975: “el progresivo protagonismo del Ejército en la conducción de la actividad represiva, la movilización de tropas con eje en el sur de la provincia, la persecución de la guerrilla como objetivo declarado de la actividad represiva, y la implementación de requisas y operaciones masivas en ciudades y poblados del piedemonte” (Jemio 2021, p. 47). A través del riguroso análisis documental, la autora prueba que se trató de un proceso en el cual paulatinamente aparecen nuevas formas de ejecutar la dominación, pero también de leer el conflicto social: asociando cualquier protesta o demanda de derechos (sea de trabajadores ocupados o desocupados, estudiantes o sacerdotes) al *guerrillero refugiado en el monte*. Esa materialidad simbólica centrada en *guerrilla-ejército-monte* es la que aísla y hostiga a todos los sectores populares, en las diversas territorialidades sociales (escuela, universidad, comedor estudiantil, gremio, barrios populares, marchas desde los polos azucareros, allanamiento de viviendas, instalación de controles armados a la entrada y salida de pueblos). La autora analiza con sumo cuidado y rigurosidad, los hechos que transcurrieron en estos tres operativos, las resistencias que se les opusieron, sus paulatinas diferencias, sus blancos, técnicas y la profundización del accionar represivo con una direccionalidad clara: en el sur de la provincia apunta a la desarticulación de los gremios combativos; al tiempo que en la capital el blanco fueron los abogados defensores de detenidos, los grupos universitarios y los locales gremiales. Demuestra que efectivamente “el guerrillero del monte” fue una construcción que interpelaba ideológicamente a la desestructuración de la fuerza social popular. Concluyendo, en acuerdo con Juan Carlos Marín, que el blanco central fueron los cuadros políticos y gremiales y los militantes de base porque el objetivo central era producir la desmovilización del movimiento de masas. Desestructuración y desmovilización que paulatinamente

es acompañada por la profundización del accionar represivo de sectores estatales y paraestatales, base del Operativo Independencia.

En el período en que se desarrolla el Operativo Independencia la autora consigna la existencia de documentos secretos que guían el accionar represivo, lo cual da base empírica al concepto de “doctrina del paralelismo global” término que refiere a directivas que funcionan en paralelo con la legislación penal oficial. Y analiza la estructura que fue montada para desplegar las prácticas represivas. La conducción del proceso, consigna la autora, recayó en el Ejército. Bajo cuyo control quedaron: la Gendarmería Nacional, la policía provincial (de la cual dependía Dirección Provincial de Institutos Penales), la delegación tucumana de la Policía Federal. Complementariamente el Poder Judicial, operaba “blanqueando” a los detenidos que se decidía sacar de la clandestinidad y pasar a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Al tiempo que la Fuerza Aérea y la Armada fueron asignadas en apoyo a las operaciones del Ejército. Eventualmente se dispuso que el Ejército coordinase operaciones con el Ministerio de Bienestar Social de la Nación y la Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia de la Nación para desarrollar operaciones de acción cívica y operaciones psicológicas respectivamente. Esta articulación demuestra el aspecto productivo del poder (no sólo el coercitivo) sostenido por la autora. También consigna la faz clandestina de tales operaciones montadas sobre la estructura pública y habitual, que en el caso del Ejército consistió en montar unidades que actuaran sobre poblaciones a modo de “ocupación” lo cual corrobora el concepto de “dualización del Estado”, más arriba señalado. Pero tal ocupación representó en el caso tucumano y en el período estudiado, un modo intermedio de la dualización pues “estas fuerzas de operaciones fueron públicas: los medios de comunicación registraron su existencia, la Presidenta las visitó, sus comandantes y jefes participaron de actos públicos y sus tropas desfilaban en ellos. Se instalaron en bases militares cuya existencia era, también, de público conocimiento. Fue sobre esa fuerza pública que se montó la faz clandestina de operaciones” (Jemio 2021, p. 89). A partir de lo cual se consignan tres dimensiones: 1) la legal habitual: que desde 1966 había cuadrículado el territorio para facilitar la represión y el gobierno de las poblaciones, un principio básico de acción

de las doctrinas contrarrevolucionarias o contrainsurgentes, que venían instalándose con fuerza en el Ejército desde mediados de los cincuenta, con antecedentes en 1948; 2) la pública y 3) la clandestina. La autora analiza cuidadosamente, en base a documentos, cómo sobre ese suelo se construyeron “las fuerzas de tareas” que hacían patrullajes en el monte, operaciones de control poblacional y las llamadas campañas de acción cívica. Ellas estaban organizadas de modo tal que, a pesar de que sus acciones estaban regladas, a la vez se pudiesen tomar decisiones autónomas en espacios específicos, lo cual posibilitó la dualización (público-clandestino) y la ampliación de la estructura represiva en Tucumán. Algo que deja, a juicio de quien esto escribe, a las poblaciones a merced de la más absoluta arbitrariedad, en estado de total abyección, es decir en condiciones de suspensión de toda ley, se trata de la construcción de la perversión como instrumento de gobierno de poblaciones. Todo el proceso construyó una verdadera política de ocupación consigna la autora.

A partir de los análisis previos la autora puede sostener cómo se montó una red de estructuras y espacios clandestinos por la que se hizo circular los cuerpos de aquellos definidos como enemigos. Esa estructura es analizada cuidadosamente a partir de documentos, lo que le permite diferenciar el accionar en la capital, centrado en la policía, y respecto de la zona sur, liderada por el Ejército, proceso que gestó “circuitos por los cuales unos detenidos eran pasados de una zona a otra, siguiendo distintos recorridos que podían incluir como destino la liberación, la legalización o su ejecución clandestina con la posterior desaparición de su cuerpo” (Jemio, 2021: p. 105). Uno de cuyos núcleos fundamentales fue el CCD de la Escuelita de Famaillá.

La autora describe y analiza el complejo mecanismo de división territorial y de tareas que tuvo como órgano de coordinación la Comunidad Informativa que reunió a representantes de todas las fuerzas involucradas. La trayectoria represiva descrita es analizada por la autora a partir de dos ejes fundamentales que posibilitan probar las hipótesis de partida, por un lado la importancia del territorio: la cuadrícula desplegada por el ejército con términos de guerra, así como la ampliación

y transformaciones del dispositivo a través del tiempo, en una dirección que va de sur a norte, dirección que analiza y construye la autora en relación a los hombres y las técnicas aplicadas, a los hechos concretos y a la cantidad de víctimas, en un proceso meticulosamente analizado y mapeado, del cual se infiere que el Ejército avanzó paulatinamente sobre los territorios desarticulándolos y siguiendo luego hacia otros, con el objetivo de desarticular la fuerza social popular y complementariamente fortalecer su imagen política a nivel nacional, reforzando la idea de que en la provincia se libraba una guerra, un elemento fundamental para construir legitimidad y modificar los valores en Argentina; ello asentado en la imagen de persecución de la guerrilla, algo que la autora no descarta, pero su aporte fundamental aquí consiste en probar que el verdadero blanco eran los territorios, donde había decenas de organizaciones populares que no necesariamente tenían relación directa con la guerrilla. En ese sentido la autora prueba que: “La guerrilla marcó el orden de los territorios a atacar, pero no fue ni el criterio principal, ni el único con el cual el perpetrador determinó los cuerpos a capturar” (Jemio, 2021: p. 148). A partir del análisis de un proceso escalonado de represión, Jemio analiza la jerarquización y priorización de determinadas territorialidades sociales como blanco de ataque. Con ello refuta la idea de que el blanco eran los individuos para sostener y probar que el blanco eran los territorios sociales (con la carga humana, histórica, de memorias y de riqueza de bienes comunes que tal término evoca). Constataciones que corroboran las hipótesis de partida, a través del análisis de dichos de genocidas, documentos, bases de datos y entrevistas que le permiten mapear cuidadosamente el avance sobre la territorialidad social.

De todo lo cual Ana Jemio concluye la valiosa afirmación que tiene relevancia para el presente: “El genocidio no buscó destruir ese cuerpo sino el camino que lo condujo a ese punto de llegada. No buscó destruir solamente a los militantes sino a las condiciones mismas que los hicieron posibles” (Jemio, 2021: p. 151). En ese sentido las experiencias ligadas a la familia, el lugar de trabajo y el gremio o la universidad eran espacios de construcción de subjetividad que debían ser atacados y reconfigurados con el fin de reconfigurar las subjetividades en relación con la

matriz neoliberal. Algo que se corrobora también, por fuera de esta obra, a través de la lectura de los clásicos del neoliberalismo que diseñaron la estrategia a nivel global. Estas consideraciones, sostiene de modo plausible la autora, extienden las relaciones políticas a toda la sociedad.

En ese sentido cobra relevancia lo probado por Inés Izaguirre y la base de datos del EASQ/OCE (equipo dirigido por Daniel Feierstein), respecto de que la cantidad de víctimas fue mayor en 1975 en Tucumán que en cualquier otro lugar de Argentina, pero de modo sorprendente también la cantidad de sobrevivientes. Lo cual lleva al par conceptual mencionado al comienzo desaparición/aparición, como modo de operar sobre toda la población. Todo el análisis y las fuentes trabajadas le posibilitan a la autora afirmar que en Tucumán en 1975 se inaugura una nueva modalidad de ejercicio del poder represivo que no sólo encierra, también extermina en un nuevo espacio: los campos de concentración, espacios que, a diferencia de la cárcel no individualizan, sino que amontonan, exterminan, al tiempo que deja “filtrar” su existencia hacia toda la población. Razón por la cual el CCD indica una mutación en el modo de efectivizar la represión y cuyo núcleo es el terror.

A partir de aquí la autora se pregunta: ¿Cómo se construía el terror?, ¿a través de qué prácticas concretas? Ellas indican una mutación en la que los sobrevivientes, constata la autora, fueron los primeros en interrogarse sobre los efectos que el interior del campo producía en el afuera. Un adentro y un afuera que forman parte de una trama que no es unívoca, de modo tal que el adentro es una realidad sabida y a la vez denegada. Efecto paradójico que no es un producto erróneo sino buscado de manera duradera. Para ello la autora avanza en una caracterización global de los espacios de detención clandestina que funcionaron en Tucumán durante el Operativo Independencia para avanzar luego en un análisis de las distintas funciones que cumplieron esos espacios en el esquema represivo. Constata la existencia de al menos 60 espacios de detención clandestina en Tucumán en el período investigado, y caracteriza la red que conforman estos espacios partiendo de la trayectoria efectivamente sufrida y narrada por familiares y sobrevivientes. La autora advierte que es menester no tomar este esquema de funcionamiento como algo fijo,

pues la autonomía y arbitrariedad de cada CCD y sus directivos, posibilita dispersiones capilares que no pueden catalogarse de modo uniforme, pero que volcaban el mensaje hacia “el afuera”. Un afuera (como la propia casa) que perdía, a partir de la ocupación arbitraria, el lugar de propio o íntimo, para transformarse en espacios a merced del poder del perpetrador; poder que se visibilizaba también pues espacios como la Escuelita de Famaillá posibilitaba ver parte de lo que ocurría en el adentro, desde el afuera. De modo que los relatos de sobrevivientes y vecinos indican que el límite entre el CCD y las vejaciones cotidianas no sólo era difuso, sino que una serie de acciones visibilizaban el “adentro” explícitamente hacia el afuera. Este original análisis documental de Ana Jemio muestra cómo las prácticas concretas de los cuerpos en los espacios, fueron construyendo paulatinamente las bases para el futuro. Prácticas que constituyen metafóricamente una red, con algunos nudos fijos, pero con una capilaridad rizomática que explica sus efectos en las territorialidades sociales.

Junto con las prácticas represivas, Jemio estudia las prácticas de control poblacional implementadas por el Ejército, prácticas que implicaron el control de *cuerpos y cosas*. Tal control implicó una cuidadosa identificación de los individuos y poblaciones, a través de *censos y provisión de identificaciones, pases y permisos de circulación*, que dieron lugar a requisas y empadronamientos de cañeros que llegaban para la época de la zafra, proceso que posibilita saber quién habita dónde, al tiempo que controla la circulación de personas y cosas y rompe vínculos sociales, particularmente con grupos guerrilleros, en tanto genera inmovilidad. Proceso complementado con los patrullajes, concretado en controles de tránsito que multiplicaban las arbitrariedades. Todas las operaciones implicaban no sólo el control de los cuerpos, sino también el de las *cosas*, objetivo que afectó a todos, pero en especial a almaceneros, farmacéuticos, taxistas, repartidores de diarios y cualquier oficio pudiese encubrir actividades o formas de colaboración con grupos caracterizados como “subversivos”.

Este doloroso proceso, pensado sobre el modelo de “la peste” es analizado meticulosamente por la autora a través de relatos de vecinos, diario

de campo militar y de documentos del ejército, que muestran que cualquier acción cotidiana, hasta la más inocente como comprar pan, era objeto de sospechas y obligaba al habitante a dar explicaciones, a *confesar* que no era un guerrillero, ni colaboraba con ellos. El análisis de estas prácticas evidencia que las técnicas utilizadas, tienen una base en los controles disciplinarios, pero a la vez una fuerte diferencia, veamos porqué. La *inmovilidad* es un efecto de esas técnicas, al tiempo que lo es también la dificultad de *comprender* de qué se es sospechoso y porqué, algo que a su vez genera la sensación de no libertad, de que nadie está a salvo, de inermidad, fuente de *construcción de sentidos* por parte de los habitantes de la zona. De modo que las tácticas-técnicas aparecen investidas por el terror, nos dice la autora, y sus efectos son entonces diversos a los de las técnicas disciplinarias tradicionales que construían cuerpos colectivos (en la fábrica o la escuela), ahora la investidura de terror disuelve los lazos, a la vez que se constituye en base de futuros imaginarios. Un futuro que es ahora en el cual el neoliberalismo habita, aunque a menudo contradictoriamente, en los cuerpos de buena parte de la población, y permite pensar porqué a menudo los argumentos racionales no bastan para comprender situaciones.

Las prácticas represivas y de control son desplegadas junto con las campañas de “acción cívica”, que incluyen acciones en el área de educación, obras públicas, transporte, salud, materializadas en el operativo “Unidad”, cuya lógica territorial era semejante a la del operativo represivo. También se incluye en estas campañas acciones para reforzar las “relaciones” entre civiles y militares, como campeonatos de fútbol, conciertos, beneficencia, asistencia social. Un conjunto de prácticas que van desde el acto público hasta el baile en el que un soldado se pone de novio con una lugareña.

En este punto la autora analiza cuidadosamente 1) las acciones y su circuito (análogo al militar), 2) las disputas por el poder sobre las poblaciones entre militares y miembros del Ministerio de Bienestar Social, 3) la participación de funcionarios civiles de las localidades de la zona en actos como los del 25 de mayo o el día de la bandera y 4) los modos de interpelación ideológica plasmados en el lenguaje, que ya denotan

el destierro de significantes del peronismo clásico y su reemplazo por otros, significantes propios de la estrategia neoliberal; así no se le habla al “obrero”, sino al “individuo”. Lo original y valioso de la obra, en este aspecto, es que no trabaja la función performativa del lenguaje aislada de las condiciones materiales concretas de carácter represivo y constructivo de consenso, por el contrario, las articula, evitando la reducción de la construcción de relaciones sociales a un mero discurso.

La articulación de las distintas prácticas descritas, nos dice la autora, da cuenta de un objetivo estratégico vinculado a una profunda transformación social que debe ser llevada a cabo, concepto que es análogo a los textos de los teóricos fundantes del neoliberalismo, tales como von Mises, Hayek o Friedman. De modo que el territorio físico es el medio, pero el objetivo son las almas, las mentes, tal como había sostenido la “internacional neoliberal” desde su evento fundacional, el Coloquio Lippmann celebrado en 1938. De modo que la población es el terreno de lucha, la cual no tiene una limitación establecida, ni un único modo de ejercicio, y en la que el enemigo comunista es tan vago y ambiguo, en su génesis y modos de acción, que cualquiera puede caer en esta nominación (tanto un reformista, un miembro de grupos eclesiales de base, como un revolucionario), de modo que el objeto subversión no remite a individuos, nos dice la autora, sino a procesos, concepto de suma importancia para comprender fenómenos actuales.

La pregunta que atraviesa toda la obra es por qué en Tucumán es donde el proceso comienza un año antes. La respuesta, también a lo largo de todo el libro, se corre de la centralidad del lugar de la guerrilla (sin negar su existencia ni su importancia); precisamente el dar centralidad a la guerrilla y no ver que ella emerge en una más compleja fuerza social que se opone a los sectores hegemónicos de múltiples maneras y con diversos niveles de conciencia, sepulta en el olvido las enormes luchas populares, su larga y mediana duración y el efecto es la imposibilidad de ver alternativas al sistema.

Tal conclusión emerge de una construcción que es demostrada a lo largo de todo el trabajo, a través de la explicitación documental y testimonial

de cómo la diáda represión-construcción de consentimiento se construye en base a la complejidad de las prácticas que operan sobre el gobierno complejo y heterogéneo de los cuerpos y las cosas. Esta construcción persiste hasta el presente, aunque logra revertirse en la medida en que ciertos acontecimientos, como los juicios a genocidas, posibilitan la emergencia de nuevas capas de la memoria; construcción que continúa abierta tanto en sus silencios como en nuevos recuerdos y prácticas.

En síntesis, este libro es de total excelencia metodológica y teórica. Plantea una pregunta fundamental, de ella desprende objetivos y metodología acordes, construye un marco conceptual, partiendo de trabajos previos y despliega ese marco en toda la escritura, articulado rigurosamente con fuentes. La escritura es clara y la articulación de los capítulos es coherente. Al tiempo que exhibe una postura ética acorde al objeto del trabajo; en ese sentido la investigación desarrollada por la autora, implica una tarea atravesada por la autenticidad de las decisiones metodológicas y teóricas. A la vez que la rigurosidad del trabajo, lo convierte en una herramienta de absoluto valor para los organismos de derechos humanos en Argentina y en el mundo, centradas en *derechos colectivos concretos*, pues no sólo basa sus afirmaciones en bases empíricas sólidas sino que es capaz de construir conceptos teóricos fundamentales sustentados en la historia efectiva, para la continuación de la lucha legal contra las aberraciones cometidas y que se siguen cometiendo en diversos espacios contra los seres humanos, en diversos lugares del mundo y con diversas tácticas-técnicas, en base a la acumulación de capital. En ese sentido la obra aporta también a evitar una concepción vaga y ambigua de derechos humanos que deshistoriza los procesos y en ese sentido puede servir a intereses inconfesables.

¿Una cultura de izquierda?

Patricia Pensado Leglise*



Reseña

“¡Usted es comunista!” Estudios sobre clase, cultura y política en la Argentina contemporánea

Pablo Pozzi

Buenos Aires, Prometeo, 2020, 275 pp.

El más reciente libro de Pablo Pozzi ofrece argumentaciones contundentes y sólidas de lo que considera fundamental para entender la larga tradición política de las izquierdas en su país, presente en la cultura obrera argentina, una de las más consistentes y combativas.

En once ensayos, el autor construye y deconstruye ideas en relación con el papel de las izquierdas en la formación de una cultura obrera. Si bien centra su análisis en los siglos XIX y el XX, no deja de referirse, como es común en un buen número de historiadores sociales, al presente, lo que parece explicarse debido a las voces de los trabajadores que se dan cita en sus páginas. El autor busca enfatizar el papel de la cultura como “una

* Doctora en Estudios Latinoamericanos (UNAM). CONCyT. Investigadora del Instituto José María Luis Mora (México). Investigadora de los Grupos de Trabajo CLACSO “Historia oral e historia política. Estudiar la izquierda latinoamericana” 2011-2013 (coordinadora), “Violencia y Política. Un análisis cultural de las militancias de izquierda de América Latina” 2013-2016 y “Violencia y Política. “Ser de izquierdas en América Latina ayer y hoy” 2016-2019. “Izquierdas, praxis y transformación social” 2019-2022.

herramienta importantísima para contribuir a que los trabajadores se organicen y desarrollen alternativas al capitalismo” (p.19).

De entre las preguntas que Pozzi se plantea para reflexionar en relación con el tema de la cultura obrera argentina, una que me parece central es saber ¿cómo superar las innumerables resistencias, tanto propias como ajenas, que chocaban contra “la verdad aceptada”, aquella que no necesita ser probada porque simplemente es así ya, sea por tradición y costumbre o por prejuicios construidos durante décadas? (p.19).

Como gran polemista que es, Pozzi contradice las interpretaciones de historiadores y científicos sociales quienes destacan el papel del peronismo en la cultura obrera y, en esa medida no se le puede considerar de izquierda; sin embargo, para el autor la izquierda no sólo se define por su filiación marxista, sino que el peronismo forma parte también de las izquierdas argentinas, ya que la cultura de izquierda se expresaba más en la subjetividad de un “sentido común” popular.

También objeta que se considere a la migración europea, que llegó en la segunda mitad del siglo XIX, como central para que las ideas de las izquierdas se propaguen e incidan políticamente en la organización de los trabajadores. Para Pozzi el asunto no tiene que ver con saber conocer cómo llegaron las diversas ideologías de izquierda a su país, sino ¿por qué fueron acogidas por las organizaciones de los trabajadores criollo o inmigrantes? Para responder se recurre a E. P. Thompson quien refiere el proceso de resignificación de estas ideas por la experiencia social de sus receptores, en el que intervienen “la experiencia y realidad histórica de los grupos sociales que acogieron estas ideas” (p.59). Las que configuraron una cultura popular en continua tensión con la cultura dominante, que si bien retoma idearios de la izquierda europea, va forjando un sentido propio, en el que la izquierda se define más por un comportamiento “correcto”, “más una noción actitudinal que una definición ideológica precisa” (p.62).

En palabras de Pozzi: “Cada nueva generación incorpora experiencias y tradiciones, o sea costumbres, clasistas sin fisuras, aunque estas sean

contradictorias [...] los trabajadores reconocieron en ellas una representación de su realidad [...] Las ideas garibaldinas, anarquistas, socialistas, comunistas, peronistas y guevaristas fueron así una expresión de una realidad social que resurgieron una y otra vez a partir de un “sentido común” anclado en la cultura popular” (p.72).

En el capítulo 3, “El socialismo tiene que ser de izquierda ¿no? La izquierda como estructura de sentimiento en Argentina” el autor lo dedica a la reflexión sobre la entrevista, material en donde se observan siempre “elementos de subjetividad, o sea de los patrones de conducta subyacentes y de la visión del mundo del entrevistado” (p.79). Al igual que muchos historiadores u oralistas, coincide en que es una fuente que se construye, resultado de la interacción entrevistador-entrevistado, e influida por el contexto en la que se realiza la entrevista. Mediante un ejercicio con sus alumnos de la Universidad de Buenos Aires el autor revisa las entrevistas realizadas por la socióloga argentina Beba Váldez en 1971, durante el llamado “Vivorazo” en la ciudad de Córdoba, la que conversó con varios obreros que se definían como socialistas, y cuya visión respondía más “a un vínculo directo con su vida a través de necesidades y mejoras posibles” (p.80), que a una construcción teórica. También se consultó el Acervo del Proyecto de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires, revisando las entrevistas de militantes sobre su percepción del socialismo y de la revolución. La selección -apunta el autor- se centró en obreros con militancia en distintas organizaciones marxistas y peronistas, además de algunas con dirigentes y con militantes de otros sectores sociales como contraste (p.80). Su examen lo llevó a descubrir sentidos comunes a los valores que se le atribuyen al socialismo, para comprobar que el vínculo “entre lenguaje, imaginario y evocación de sentimientos contribuye a explicar la subsistencia de la izquierda orgánica a pesar de la represión” (p.80).

A partir de los entrevistados, se revelan una serie de reflexiones acerca del significado de la militancia de izquierda, resaltando el hecho de que la visión socialista todavía permanece en la clase obrera argentina lo que, a juicio del autor, tiene relación con “características particularmente argentinas (sobre) el socialismo” [...] que entronca con la ideología

nacionalista del peronismo” (p.92), que a la vez tiene relación con una cultura subterránea que se nutre de continuidades con nociones religiosas o con herencias históricas revolucionarias que vincula la idea de un mundo mejor “a la existencia real y a la historia como una posibilidad real producto de la agencia humana, o sea de los rebeldes” (p.97).

En la búsqueda que emprende Pozzi para responder ¿cómo se estudia una cultura de clase? encuentra central desarrollar el concepto de Raymond Williams, estructura de sentimientos, que se expresa en relatos, tradiciones, testimonios en la oralidad que llega incluso a plantear un comportamiento colectivo “correcto”. En sus palabras: “En la Argentina lo que se puede llamar la ‘cultura’, el ‘sentido común’, se encuentra entrelazado con conceptos tradicionalmente vinculados a nociones izquierdistas: lo bueno se vincula a la solidaridad, el compañerismo, el sindicato; mientras que en general los patronos son considerados explotadores” (pp.103-104).

Esta aseveración de Pozzi la ilustra con una selección de letras de canciones populares, tangos y consignas, consideradas también expresiones de la memoria colectiva que en la cultura obrera adquieren un matiz de identidad y deslinde de las clases dominantes y de los militares. Así como con algunos fragmentos de las magníficas entrevistas que contiene el libro, donde encuentra asideros suficientes para comprobar sus tesis, las cuales se pueden reconocer en las siguientes afirmaciones: “la politización parte de una explicación en torno a su realidad laboral o existencial y la educación sirve para revelar y explicar una vida ya existente” (p.171). También, “los discursos y las narraciones de cada uno de estos militantes se encuentran anclados en una cultura y un sentido común que comparte el conjunto de los trabajadores y los diferencia de otros sectores sociales” (p.178). Así como sobre la construcción de la memoria de las experiencias de lucha “como cohesión social grupal que define un ‘nosotros’ y un ‘ellos’ [...] y toda una concepción clasista [...] que permite la continuidad de luchas y actividades en pos de intereses clasistas” (pp.179-180).

O sobre la memoria de la derrota indica que la participación en movilizaciones obreras que son derrotadas, son asimiladas como lecciones que “se convierten en algo colectivo en una forma subconsciente pero muy poderosa” (p.257). Por ello es que la “resignificación de los triunfos y derrotas, de la lucha de clases en sí, se convierte en una conciencia de clase manteniendo una cohesión” (p.257).

El capítulo 10 es una crítica franca al reformismo y su estrategia que, en opinión del autor, tiene doble significado: “[...] refleja los intereses coyunturales de los trabajadores, especialmente en épocas de reflujo. Y sirve para disolver la auto organización del poder, volcando aun más la correlación de fuerzas a favor del capital” (p.208) y como ejemplo en la historia sindical menciona el surgimiento de la Central General de Trabajadores (CGT) y del vandorismo.

De igual manera, Pozzi crítica al parlamentarismo que considera una estrategia para ocupar espacios de poder sin proponer transformarlo y obtener reformas sin arriesgar la rentabilidad capitalista. Sin embargo, el mayor problema que encuentra radica en la reforma del Estado y de su relación con la sociedad, debido a que no queda claro ni para los socialistas que contienden en las elecciones la propuesta de que la reforma se tendría que orientar a construir un Estado diferente. De ahí la crítica al comportamiento de la socialdemocracia y el populismo que “socava la utilidad y autonomía de los sindicatos como organizaciones primarias que expresan al trabajador colectivo, devaluando la identidad y la lucha de clases en un abrazo colaboracionista y corporativo” (p.213).

Ante los cambios del capitalismo debido a las recurrentes crisis económicas, la cultura obrera también ha registrado importantes transformaciones, sobre todo, en opinión del autor, en la representación del colectivo de trabajo. Es precisamente en el último capítulo que sintetiza la importancia de algunos aspectos que han sido soporte de esa cultura: la solidaridad y las rupturas, generación e identidad de clase; recomposición de clase, costumbres, tradiciones, memoria y resistencia al cambio, y si bien algunos de estos temas han sido referidos ya en el texto, en este apartado son analizados mediante los testimonios de los trabajadores.

No sobra agregar que son precisamente estos aspectos los que se han ido modificando y algunos autores, entre ellos Pozzi, advierten del peligro de la anomia, posible cuando el elemento subjetivo de la esperanza de mejorar se pierde, percepción que no solo tiene relación con el poder adquisitivo, sino con la dignificación del trabajo obrero.

Para finalizar, Pozzi expone como los trabajadores ante el cambio de los patrones de acumulación del capital, hacen de las tradiciones “una trinchera para la rebelión y la resistencia a los objetivos de los empleadores [...] el concepto de “siempre lo hicimos así” se convierte en una poderosa legitimación para la protesta social” (p.255), y de resistencia cultural.

En un contexto histórico que anuncia un cambio de época, y en donde la cultura obrera no puede ser ajena a los cambios que pueden ser observados en la fragmentación habida en las luchas obreras, cuyas demandas sectoriales no se dirigen a la unidad de clase. También, en “la aceptación a nivel popular de que el desempleo, el hambre, la explotación, la corrupción estatal son parte de algo ‘normal’ y siempre lo serán” (p.260) opinión que limita o puede paralizar la acción política de los trabajadores y del ciudadano.

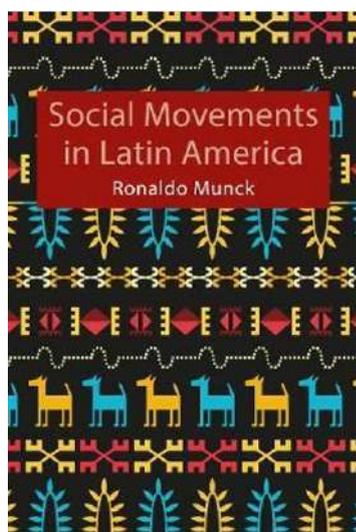
Con todo, para el autor es claro que una forma de refutar estas ideas radica en conocer cuáles fueron los elementos que hicieron posible desarrollar una opción de izquierda y cuáles han cambiado y cómo lo han hecho. En su opinión más que desaparecer la cultura tendrá que resignificarse “en nuevas formas y sentidos comunes clasistas que sirvan a las reivindicaciones populares”. (p. 261) El autor encuentra en la cultura el nexo entre experiencia y conciencia que “nos provee una forma de acceder a la subjetividad” (p.25), que permite comprender una parte importante de la complejidad del accionar humano en la praxis política.

El de Pozzi confronta y obliga a pensar en los derroteros del cambio de época, que para el conocimiento histórico y las ciencias sociales es una impronta que continuamente nos desafía, cuando las armas metodológicas que tenemos son insuficientes. Me parece que la ruta que elige

el autor puede desbrozar el camino y observar con mayor claridad el horizonte.

Es posible decir que *¡Usted es comunista! Estudio sobre clase, cultura y política en la Argentina contemporánea* es un libro imprescindible para los interesados en el estudio y la participación de las izquierdas en los movimientos sociales y la construcción de una cultura popular. Es un trabajo que incorpora al lector al diálogo con los personajes de su narrativa, lo que crea una atmósfera de proximidad lo que, pienso, es resultado de un largo camino andado por el autor en las veredas de la historia oral, lo que le ha permitido generar sensibilidad y precisión no sólo al analizar las experiencias de los sujetos, sino en su capacidad personal para describir los ambientes, produciendo el efecto de imaginar los sonidos en la tesitura de las voces de sus entrevistados con quienes, me parece, intuir el tejido de lazos solidarios

Dos reflexiones sobre Ronaldo Munck¹ y los movimientos sociales en América Latina



Social Movements in Latin America. Mapping the Mosaic

Ronaldo Munck

Editorial McGill-Queen's University Press
Montreal, Canada 2020

¹ Universidad de la Ciudad de Dublin. Investigador del Grupo de Trabajo CLACSO “Izquierdas, praxis y transformación social” 2019-2022.

Un libro que desafía

Discutiendo *Social Movements in Latin America. Mapping the Mosaic* de Ronaldo Munck¹

Pablo Pozzi*

El último libro de Ronaldo Munck, acerca de movimientos sociales en América Latina, es una grata contribución al debate en curso sobre los movimientos de protesta en el siglo XXI. Como la introducción indica, Munck trata de evitar los escollos de -lo que él denomina- “la validez universal de lo que a veces se conoce como “teoría de los movimientos sociales”, vista como una disciplina autónoma”. El resultado es un libro atractivo, bastante fácil de leer y desafiante.

El libro comienza con la pregunta: “¿qué es un movimiento social?”. La respuesta está ligada a la definición de Mario Diani: “redes de interacción informal entre una pluralidad de grupos individuales y/u organizaciones, comprometidos en conflictos políticos o culturales, sobre la base

* Investigador de los Grupos de Trabajo CLACSO “Historia oral e historia política. Estudiar la izquierda latinoamericana” 2011-2013, “Violencia y Política. Un análisis cultural de las militancias de izquierda de América Latina” 2013-2016 y “Violencia y Política. “Ser de izquierdas en América Latina ayer y hoy” 2016-2019. “Izquierdas, praxis y transformación social” 2019-2022.

¹ Traducción: Joaquina De Donato.

de una identidad compartida”. Luego de aclarar que los movimientos sociales no son, necesariamente, progresistas, Munck avanza para analizar una amplia variedad de movimientos: obreros, campesinos, mujeres, indígenas, comunitarios, ecologistas. Dichos son considerados en contraposición a los gobiernos y partidos políticos que Munck, por momentos, califica como progresistas, por otros como de centro-izquierda y por último como de izquierda. Esto le sirve para plantear una conclusión política que es tan discutible como desafiante (capítulo 10: caminos hacia adelante). Munck sostiene: “la construcción de un pueblo para ganar elecciones y transformar a la sociedad no puede lograrse desde una posición de absoluta exterioridad (critica, por ejemplo, al kirchnerismo por su política nacional-popular en lugar de explícitamente socialista) y sin comprender el regateo que construye alianzas políticas o la exitosa conexión con el movimiento obrero y otros movimientos sociales, todo lo cual ha ayudado a forjar una nueva -y potencialmente hegemónica- fuerza política (páginas xii y xiii).

Me gustaría aprovechar esta oportunidad, no para discutir el libro en su totalidad y riqueza, sino para considerar tres aspectos. Primero, la cuestión de los movimientos sociales considerada, como Munck nos pide, “anclando” el sujeto. Segundo, la cuestión de los nuevos movimientos políticos en América Latina, a veces llamados “marea rosa”. Y tercero, derivado de lo anterior, la conclusión política.

Mi primera preocupación fue que la definición de Diani de movimientos sociales abarca casi todo, sea izquierda, derecha o grupos apolíticos. De hecho, aunque Munck se refiere al pionero trabajo de Fox Piven y Cloward, elude el hecho de que ni una sola vez estos utilizan el término “movimientos sociales”, sino que se refieren a “movimientos de protesta” proletarios (entendido en una definición más flexible que la de Lenin) como formas de resistencia de la clase obrera. Siendo así, mi sensación es que Fox Piven y Cloward probablemente rechazarían la definición insulsa y englobante de Diani, especialmente porque mantienen una forma de análisis basada en la clase y no en las identidades.

De hecho, una vez que “anclamos” la pregunta “¿qué es un movimiento social”? esta se vuelve más escurridiza y compleja de responder. Consideremos brevemente a la Argentina. En las últimas tres décadas se han producido innumerables protestas que abarcan desde el desempleo hasta cuestiones de género, pueblos originarios, jubilados y pensionistas, “juventud” y varios miles de lugares de trabajo bajo control obrero. Todas estas protestas desarrollaron formas de organización, propuestas y tácticas específicas.

Por ejemplo, a pesar de que todas se movilizan en las calles, las organizaciones de desempleados tienden hacia el corte de calles y la creación de cooperativas. Coinciden con los pueblos originarios (en particular la nación Mapuche) en términos de ocupación de tierras. Pero difieren en las razones por las cuales lo hacen (los desempleados para construir casas; los Mapuches demandando la recuperación de tierras ancestrales). Por otro lado, protestas que hacen foco en cuestiones de género y sus organizaciones, no recurren a estas tácticas, sino que se enfocan, mayormente, en reformas educativas y legislativas. Quizás esta es la razón por la cual, cuando en Argentina los políticos se refieren a los “movimientos sociales”, aluden a las organizaciones de desempleados y no a los pueblos originarios o a los grupos que abogan por cuestiones de género. Esto también oscurece un problema derivado de la definición de Diani: la principal forma de identificación de los miembros de los movimientos de desempleados es como obreros, en otras palabras, está arraigado en la clase, no en identidades. Lo mismo puede decirse de las varias protestas entre capital y trabajo en Argentina. La mayoría de ellas ocurren por fuera de estructuras sindicales institucionalizadas y han desarrollado formas de organización propias. La similitud entre ambos movimientos se sugiere a partir de los nombres que adoptan. Por poner un ejemplo, algunas de las principales formas de organización de desempleados son el “Polo Obrero” y la “Corriente Clasista y Combativa”. Al mismo tiempo, algunas organizaciones de base son llamadas “Movimiento de Agrupaciones Clasistas” o “Corriente Sindical Rompiendo Cadenas”.

Al menos en Argentina, lo que aparentan ser movimientos arraigados en la identidad tienen fuertes trasfondos y clivajes de clase. Así, una

definición de movimientos sociales basada en “identidades compartidas”, aunque seductora, simplifica en exceso un fenómeno complejo que tiende a resignificar tendencias pasadas y darles un nuevo significado.

Un problema similar sale a la luz cuando consideramos los gobiernos de la “Marea Rosa”. Tanto los Kirchner, como Lula, Chávez, Evo, Mugica, Correa, Ortega, todos son considerados similares por los observadores externos. Y, sin embargo, numerosos conflictos entre ellos sugieren diferencias, como las que existen entre el uruguayo Mugica y el boliviano Evo Morales, por un lado, y los Kirchners, por otro (por ejemplo, Mugica a menudo se refirió a Néstor Kirchner como “el tuerto”). Lo mismo puede decirse en cuanto a sus políticas e ideas. Chávez era partidario de lo que denominaba “socialismo del siglo XXI”, mientras que Evo Morales insistía en la creación de una sociedad plurinacional con profundas raíces en las tradiciones indígenas. Lula, por su parte, en su alianza con Igreja Universal y el PMDB, nunca planteó nada tan radical. Y los Kirchner han repetido a menudo que no son de “izquierda”, sino que representan una modernización del peronismo. Estas nociones impactaron sobre sus políticas del gobierno. Por ejemplo, Chávez se hizo cargo de la corporación petrolera de Venezuela (PDVSA) y utilizó sus considerables ingresos para desarrollar varios programas sociales (al margen de que, al parecer, hubo mucha corrupción). Los Kirchner, a pesar de su retórica, no hicieron nada parecido. Su nacionalización de YPF implicó convertirse en el accionista mayoritario mediante la compra de acciones a la española Repsol. Como tal, YPF sigue siendo una corporación privada, impulsada por las ganancias, el pago de dividendos y la venta de acciones en Wall Street. Lo mismo puede decirse de Lula y Evo Morales. Al menos hasta el 2010, las políticas de Evo implicaron una amplia redistribución de la renta, que difería significativamente de la política de dádivas gubernamentales implementada por Lula.

Las diferencias de enfoque son reveladoras en términos de apoyo popular. Cuando Dilma Rousseff fue derrocada en un golpe de estado parlamentario, Lula y su PT fueron incapaces de movilizar ningún tipo de protesta significativa. Esto a diferencia de Bolivia, donde el golpe orquestado por Jeanine Añez encontró una importante resistencia y

represión, que terminó cuando Añez aceptó nuevas elecciones, aunque sin Evo como candidato. En Argentina, uno de los éxitos de los Kirchner fue la elección del 2015. Por primera vez en su historia, fue elegido un candidato abiertamente de derecha. Mauricio Macri tuvo el dudoso honor de ser el primer candidato presidencial que ni siquiera se molestó en enmascarar sus propuestas neoliberales. Veinticinco años antes, Carlos Menem había prometido una “revolución productiva y un salariazó” y una vez elegido hizo exactamente lo contrario.

¿Qué -si es que algo- tienen en común estos gobiernos? En primer lugar, todos tendieron a aceptar premisas neoliberales, como que la propiedad privada es intocable y que se combate a las grandes corporaciones económicas creando las propias. En segundo lugar, creyeron en la redistribución de la riqueza como resultado de subsidios gubernamentales, y no como algo derivado de la creación de puestos de trabajo (especialmente pleno empleo). Siendo así, el índice de desempleo tendió a mantenerse cercano a aquel de los años 90. Tercero, no intentaron desarrollar sus economías de forma integral, rompiendo el ciclo de las exportaciones. Esto significó que cuando el precio de las materias primas cayó después del 2009, su situación se volvió crítica. Sin embargo, es evidente que no todos eran iguales. Evo y Chávez eran reformistas en un sentido socialdemócrata más tradicional. Ninguno de los dos era marxista en ningún sentido del término. Lula, los Kirchner, Ortega y Correa son, en el mejor de los casos, conservadores populistas. De hecho, Ortega tiene un fuerte componente de misticismo; no es casualidad que sus políticas sanitarias, en medio de la pandemia de COVID, fueran similares a las de Bolsonaro, o que haya desmantelado muchas de las reformas sandinistas originales. Y los cuatro han sido acusados (y en el caso de Lula condenado) por corrupción. Es interesante que la respuesta de los kirchneristas a estas acusaciones haya sido doble. Primero, afirman que Mauricio Macri, que sucedió a Cristina en 2015, era “más corrupto”, no que ella no lo fuera. Y segundo, que su corrupción se hizo para obtener fondos suficientes para luchar contra las grandes corporaciones. Es de esperar que esta pérdida total de brújula moral y ética, no sea lo que Munck denomina “regateo político” (political horse trading).

En este sentido, no tengo ni idea de quién, si es que alguien, ha estado “criticando al kirchnerismo por su política nacional-popular y no explícitamente socialista”. Siempre hay personas y grupos que pretenden que otros movimientos sean lo que ellos quieren que sean, y no lo que son. Pero la mayoría de las críticas por parte de la izquierda tiende a centrarse, sobre todo, en el abismo entre el discurso y las políticas aplicadas. Por ejemplo, a pesar de su narrativa, después de 13 años de gobierno, con una mayoría absoluta en ambas cámaras del Congreso, los Kirchner nunca propusieron una ley en favor de la legalización del aborto, de reforma de las leyes laborales o de la agricultura, o leyes para proteger el medio ambiente; lo que es mucho peor, la persona que sí presentó una ley en pos de la legalización del aborto al Senado, y que desarrolló una especie de política ambiental, fue el abiertamente neoliberal y católico Macri. Al mismo tiempo, los Kirchner también han sido criticados por muchos de los peronistas más tradicionales que consideran que han secuestrado el movimiento y abandonado sus premisas reformistas. El hecho de que un peronismo unido haya podido derrotar a Macri en 2020 no puede ocultar este hecho. El gobierno de Cristina Kirchner entre 2011 y 2015 fue un desastre, por eso ganó Macri. Macri también fue un desastre socioeconómico, y los votantes enfrentados a él o a la anterior coalición peronista, votaron por los últimos con la esperanza de que los Kirchner hubieran aprendido de la derrota de 2015. El hecho de que no lo hayan hecho se refleja en todas las encuestas que indican que los dos líderes políticos más odiados en Argentina (octubre de 2020) son Mauricio Macri y Cristina Kirchner.

Por último, pero no menos importante, Munck se refiere al “regateo político” (horse trading) como la capacidad de hacer tratos y mantener compromisos y promesas para llegar a acuerdos políticos. Este es un aspecto esencial para construir una alternativa política viable. Sin embargo, tiendo a pensar que las alianzas políticas no se construyen sólo con el “regateo” a menos que se tenga una visión posmodernista de la política y lo único que cuente sea una mezcla de narrativa y beneficios personales. En cierto sentido, Lula, los Kirchner y Correa parecen haber creído, no en los principios, sino en el “regateo” en su sentido absoluto. Es por eso que sus alianzas incluyeron a fuerzas políticas y políticos

contradictorios entre sí, tanto en ideas como en trayectoria, como la Iglesia Universal, el PMDB y el PT. Líderes como Lula parecen haber ignorado que las políticas, las ideas, el liderazgo, la confianza y la organización a lo largo del tiempo entran en juego a la hora de construir una coalición. Obviamente, hay que tener en cuenta cómo se reparte el botín político. Pero cuando es la única consideración, la coalición política se convierte en una batalla real. El vicepresidente Michel Temer traicionó a Dilma votando su destitución; Lenin Moreno se convirtió en presidente de Ecuador gracias al apoyo de Rafael Correa sólo para volverse contra su benefactor una vez en el cargo; el kirchnerismo está lleno de ex peronistas, trotskistas, comunistas y radicales (miembros del partido de centro derecha UCR) que sólo parecen unidos en el esfuerzo por permanecer en el cargo.

Quizás lo más importante es que la sociedad y la política en América Latina están en un estado de cambio. No sólo han surgido nuevos políticos y partidos, sino que hay nuevas organizaciones sociales, con estrategias y tácticas que habrían sido impensables hace apenas unas décadas. Surgen muchos fenómenos nuevos que no han cuajado en lo nuevo. Lo viejo se niega a morir, mientras que lo nuevo no termina de nacer. Quizás sería más útil volver a los modelos teóricos más flexibles de E.P. Thompson y Raymond Williams, en lugar de Barrington Moore, que no sólo está un poco anticuado sino que tiene una serie de problemas, al menos, para el historiador.

Investigación sobre movimientos sociales, clase y protesta¹

Sian Lazar*

Hay muchas cosas en marcha en *Social Movements in Latin America. Mapping the Mosaic*. Aprecio especialmente las discusiones críticas de la economía política cultural, de la autonomía, de las críticas de la izquierda a los gobiernos progresistas pero extractivistas, y la petición de tener en cuenta el desorden de la política cuando se analizan movimientos sociales. También acojo con satisfacción la perspectiva histórica y el enfoque de estudio de casos, y soy consciente de que ningún libro que abarque movimientos de trabajadores, campesinos, comunidades, mujeres, pueblos originarios y ambientalistas, describirá cada uno de ellos con el detalle que sería posible si se aplicara un enfoque más limitado. Por supuesto, se trata de mostrar el mosaico, al tiempo que se destaca cómo las identidades se solapan constantemente: las mujeres son obreras, campesinas, activistas de barrio, indígenas, ecologistas; los campesinos son obreros, activistas territoriales, indígenas, mujeres, ecologistas, etc.

* Reader in Social Anthropology, Fellow, Clare College, Cambridge University, Gran Bretaña.

¹ Traducción: Joaquina De Donato.

No tendría sentido criticar al libro por su enfoque de mosaico, pero me han pedido que piense en una agenda para futuras investigaciones sobre movimientos sociales. Así que abogaré por una mezcla entre este tipo de enfoque y estudios de mayor profundidad. Mi formación como antropólogo hace que esto sea inevitable, pero creo que también proviene de una perspectiva ligeramente diferente sobre el propósito de la comparación. Para mí, la comparación no tiene tanto que ver con la posibilidad de generalizar o de generar un marco que permita una evaluación coherente en diferentes contextos y movimientos. Más bien, al ubicar a la par análisis detallados de diferentes casos, puede esperarse que se iluminen mutuamente y sugieran preguntas a partir de un material común (Lazar, 2012). Con ese espíritu, aquí parto de lo que sé sobre los movimientos sociales que mejor conozco, los cuales atraviesan (a grandes rasgos) Argentina y Bolivia, especialmente los movimientos laborales en ambos países, pero también en cierta medida un poco más allá.

Al pensar en las formas en que me gustaría llevar adelante la agenda de Ronnie Munck, el primer aspecto que me gustaría destacar es la clase. A continuación, pasaré a hablar de la protesta social en contraposición al movimiento social.

Mi primera observación es que los movimientos de trabajadores están cambiando a medida que los trabajadores cambian, quizás de dos maneras significativas. En primer lugar, como señala Munck, los trabajadores precarizados del sector informal son un importante colectivo para los movimientos obreros regionales, aunque los sindicatos tradicionales no hayan hecho un buen trabajo movilizándolos. Sin embargo, hay señales esperanzadoras: en Argentina, hay iniciativas muy importantes para la sindicalización de los trabajadores de la economía popular -como muestra el trabajo de María Inés Fernández Álvarez con la CTEP (Centro de Trabajadores de la Economía Popular) (Fernández Álvarez, 2019)- y en la plataforma económica (por ejemplo, el sindicato ASIMM que moviliza a los mensajeros y ciclistas de reparto).²

² Véase: <http://www.asimm.org.ar/>

Curiosamente, estas organizaciones operan sobre bases bastante tradicionales y están asociadas a los sindicatos peronistas tradicionales, más que a un movimiento obrero más autónomo. Mientras tanto, hay iniciativas independientes más pequeñas, incluso con grupos informales y difíciles de aprehender, como el de las costureras inmigrantes. En Brasil, el sindicato de empleados domésticos ha sido muy activo en las últimas décadas y formó parte de la campaña internacional para el Convenio de la OIT sobre Trabajadores Domésticos acordado en el 2011 (Convenio 189 de la OIT); los sindicatos de trabajadores domésticos son muy activos en toda la región. En 2015, los jornaleros agrícolas de Baja California (México) se movilizaron de forma bastante dramática a favor de sindicatos independientes, aumentos salariales, inscripción en el sistema nacional de salud y contra los abusos y el acoso sexual por parte de los supervisores del campo (Zlalniski, 2019). Lo que quiero decir no es que la densidad sindical en el sector informal se parezca en nada a lo que hubo en entornos industriales más formales, sino que formas de revitalización sindical no se limitan únicamente a los clásicos sindicatos por empresa. Deberíamos estar atentos a esta evolución.

En segundo lugar, los clásicos sindicatos por empresa están cambiando de forma -al menos esto es cierto en Argentina, donde primero los camioneros, y luego los trabajadores del sector bancario y público, han tomado en las últimas décadas las estructuras de poder de la CGT (Confederación General del Trabajo), antes completamente dominada por los obreros industriales. Hoy en día los sindicatos peronistas de empleados estatales y de maestros son políticamente influyentes dentro del peronismo, pero también como bloques de poder por derecho propio. Otro sindicato de empleados estatales, la ATE, adopta una posición autónoma con respecto a los partidos políticos, pero conserva un considerable poder de movilización. En México, uno de los sindicatos más poderosos (y también más disputado internamente) es el de los maestros. Se trata -quizás- de un movimiento de clase media, aunque compuesto por hijas e hijos de obreros. Pero también lo son los emergentes sindicatos de ciclistas y ciclomotores que reparten para Glovvo o Rappi en la ciudad de Buenos Aires; allí, al menos hoy en día, suelen ser migrantes venezolanos altamente educados (y rara vez chavistas).

Al considerar las perspectivas de los movimientos sociales en la región, también podríamos incluir en nuestro marco a otros sujetos de clase media, como las mujeres del movimiento #NiUnaMenos, muchas de las cuales son estudiantes universitarias. Y a mi amigo boliviano, que tiene su propio negocio de costura de camisetas para la venta en Buenos Aires. Él y su esposa solían vender las camisetas en el enorme mercado negro de La Salada, pero desde 2019 venden al por mayor vía WhatsApp. Todo esto podría sugerir que un análisis de los cambios en la composición de clase en la región sería bastante importante para la investigación de los movimientos sociales y podría llevarnos a repensar algunas de nuestras suposiciones. Hay excelentes trabajos sobre el ascenso de las clases medias en América Latina (por ejemplo, Lòpez Pedreros, 2019), pero creo que hay más que decir al respecto dentro de la investigación de los movimientos sociales.

Un análisis específicamente latinoamericano sobre la composición de las clases y los movimientos sociales podría también profundizar en la noción de las clases populares, y relacionarla con el planteo de García Linera sobre los movimientos plebeyos y la multitud urbana (García Linera, 2000). No sé a dónde nos llevaría esto, pero creo que tendríamos que tomar en serio el hecho de que las clases populares/plebeyas no son siempre tan “de izquierda” como los profesionales con formación universitaria querrían que fueran. Muchos de mis amigos pensaban que eran las ‘clases medias’ las que habían elegido a Mauricio Macri en 2015, pero los mapas de patrones de voto no siempre lo confirman. Tampoco creo que el apoyo a Bolsonaro en 2018 estuviera restringido a las élites. Si lo hubiera sido, no habría tenido tanto éxito. Las protestas contra Dilma en 2016 y contra Evo en 2019 pusieron en jaque las asociaciones fáciles entre los movimientos sociales, las clases populares y los gobiernos de izquierda. Ciertamente, sus partidarios organizados (el PT y el MAS, respectivamente) podrían ser caracterizados como “populares”, pero si queremos llamar a sus oponentes “clase media”, entonces debemos al menos reconocer que la “clase media” es ahora una categoría increíblemente amplia que cruza una amplia gama de niveles de ingresos y condiciones de vida.

Las clases medias también están muy dispuestas a participar en estrategias de movimientos sociales con fines tanto progresistas como conservadores, y en esto discrepo con Munck en su intento por distinguir la protesta social de los movimientos sociales. Tal vez las protestas contra la victoria electoral de Evo en noviembre de 2019 fueron sólo eso, protestas. Pero me pregunto en qué se diferenciaron realmente de los disturbios en Ecuador o de las protestas antineoliberales en Chile por la misma época, más allá de que sus políticas no encajaban del todo con las nuestras o con lo que esperamos de la gente en las calles. Sospecho que sería un error imaginar que cualquiera de estas protestas fueron totalmente espontáneas, surgidas de la nada y sin organización. El reto para los investigadores es comprender exactamente qué tipo de tecnologías organizativas se esconden detrás o en las sombras. Sabemos que la oposición democrática (y antidemocrática) a Evo se estaba construyendo desde el referéndum sobre un cuarto mandato celebrado en febrero de 2016, y es probable que las redes sociales de entonces se movilizaran de nuevo en 2019, conduciendo a un resultado que muchos participantes deben haber encontrado, con posterioridad, profundamente incómodo. Se podría decir que el ascenso de Bolsonaro -en un nivel- tiene algunas similitudes en sus formas con el ascenso del PT como movimiento social, sólo que con las iglesias evangélicas en lugar de los sindicatos como su base organizativa, y con la adición de usos oscuros de las tecnologías de las redes sociales, especialmente WhatsApp. Volviendo a Bolivia, en una nota reciente, una científica de datos de Facebook describió cómo “encontró “actividad inauténtica en apoyo al candidato presidencial de la oposición [en Bolivia] en 2019” y decidió no priorizarla”;³ y muchos de mis amigos, por lo demás progresistas, ciertamente compartieron historias escabrosas sobre la corrupción y la inmoralidad de Evo Morales en WhatsApp y Facebook. Movimientos más progresistas también han utilizado las redes sociales para organizar y movilizarse. #NiUnaMenos es un ejemplo especialmente poderoso, y tal vez bastante similar a las formas de movilización de la derecha en términos de redes, aunque por

B Veáse: <https://www.buzzfeednews.com/article/craigsilverman/facebook-ignore-political-manipulation-whistleblower-memo>

supuesto -y muy importante- sin la iglesia, las noticias falsas y el proyecto electoral.

Para Munck, el transnacionalismo parece ser un indicador del éxito de los movimientos sociales, y aquí también podemos ver formas no institucionalizadas de algo que se parece, al menos, a los movimientos sociales más institucionalizados que él destaca. En el lado progresista, yo señalaría la notable difusión de la protesta feminista “un violador en tu camino”.⁴ Y al igual que las causas feministas pueden atravesar países y continentes, también pueden hacerlo los movimientos culturales y políticos antifeministas. Yo diría que hay que tenerlos en cuenta como movimientos sociales, que tienen organización e influencia. Las objeciones conservadoras a la “ideología de género” echaron por tierra el referéndum del proceso de paz colombiano en 2016 y llevaron a Bolsonaro al poder en 2018. Los opositores a Dilma y Evo promovieron una retórica que, al menos desde fuera, parecía más “progresista”, argumentando que defendían la democracia y se oponían a la corrupción, tópicos que tienen un enorme poder en toda la región.

La investigación de los movimientos sociales en América Latina se ha complicado a medida que los límites entre la izquierda y la derecha parecen más borrosos. La derecha ha recogido las tácticas y la retórica de los movimientos de izquierda y lo ha hecho con mucho éxito. Las protestas en el este de Bolivia en 2009 fueron una versión temprana de esto en su última oleada; pero probablemente una investigación histórica podría iluminar las continuidades entre gran parte de la movilización de la derecha de hoy y los movimientos a favor de la dictadura en la década de 1970. Es decir, esta ambigüedad puede parecer nueva, pero también puede ser que sólo recientemente hayamos empezado a reconocerla adecuadamente. Es cierto que las protestas masivas que abogaron por la “seguridad ciudadana” y las políticas de “mano dura” en Argentina en la década de 2000 y principios de 2010 tenían vínculos con la dictadura tanto en la retórica como en el personal, al tiempo que se basaban en modos de movilización nacional-popular de larga data.

⁴ Véase: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-50694888>

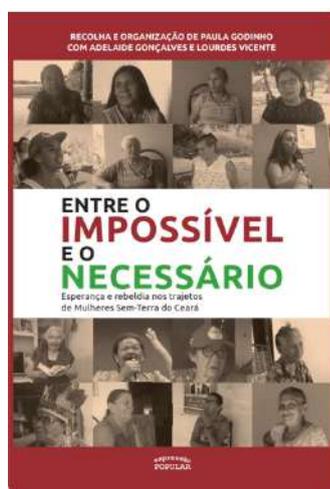
Creo que las lecciones para los investigadores son: en primer lugar, no debemos limitarnos a una perspectiva puramente institucional, sino ser creativos a la hora de pensar lo que es un movimiento social; y en segundo lugar, debemos asegurarnos de explorar las trayectorias históricas de cada ola de movilización y organización. Sólo fue necesario rascar la superficie de las protestas de febrero y octubre de 2003 en El Alto, Bolivia, para ver cómo una forma más organizada subyacía a la dinámica de la movilización en ese momento (Lazar, 2008). Y la victoria electoral del MAS en octubre de 2020 nos ha mostrado el poder duradero de esa organización social y política subyacente. Ese reconocimiento podría darnos una perspectiva metodológica sobre cómo navegar el problema de la relación entre la protesta social y el movimiento social, explorando lo que da forma a la agencia y a la acción colectiva en tiempos ordinarios, y cómo esa experiencia influye en los momentos extraordinarios.

BIBLIOGRAFÍA

- Fernandez Alvarez, María Inés (2019) "Having a name of one's own, being part of history': temporalities and political subjectivities of popular economy workers in Argentina" en *Dialectical Anthropology* n° 43.
- García Linera, Alvaro; Gutierrez, Raquel; Prada, Raúl (2000) *El retorno de la Bolivia plebeya*, La Paz: Muela del Diablo editores.
- Lazar, Sian (2008) *El Alto, Rebel City: Self and Citizenship in Andean Bolivia*, Durham: Duke University Press.
- Lazar, Sian (2012) Disjunctive comparison: Citizenship and Trade Unionism in Bolivia and Argentina en *Journal of the Royal Anthropological Institute* n°18.
- López Pedreros, Ricardo (2019) *Makers of Democracy. A Transnational History of the Middle Classes in Colombia*. Durham, NC: Duke University Press.
- Zlolski, Christian (2019) Coping with precarity: subsistence, labor, and community politics among farmworkers in northern Mexico. *Dialectical Anthropology* n°43.

Las mujeres de los Sem Terra de Brasil¹

Débora Díaz*



Reseña

Entre lo imposible y lo necesario: esperanza y rebeldía en los recorridos de las mujeres sin tierra en Ceará

São Paulo: Expressão Popular, 2020

Recolección y organización

Paula Godinho** con Adelaide Gonçalves*** y

Lourdes Vicente****

¿Cómo medir el interés y la utilidad de un libro? No sólo de un texto, de un relato o de una historia, sino del conjunto que constituye el objeto. Un camino, sin duda, es pensar en

aquello que el encuentro despierta en los sentidos y aporta como potencial de transformación o elaboración. En la medida en que está en sintonía con las cuestiones del propio tiempo, pero va más allá y a veces destila intuitivamente lo que permanece, ofrece lo que no se desvanece. O incluso si aporta más de lo que se supondría, no sólo porque se renueva

* Investigadora CHAM - Universidade Nova de Lisboa (Portugal)

** Investigadores del Grupo de Trabajo CLACSO "Izquierdas, praxis y transformación social" 2019-2022.

*** Investigadores del Grupo de Trabajo CLACSO "Izquierdas, praxis y transformación social" 2019-2022.

**** Dirigente Movimento Sem Terra (Brasil).

¹ Traducción: Joaquina De Donato.

en cada lectura, sino por lo intangible que no controla, ni prevé, pero en el que el todo participa. Sea cual sea el camino, estas son las pautas que pueden guiar la lectura de *Entre o impossível e o necessário: esperança e rebeldia nos trajetos de mulheres sem-terra no Ceará*, lanzado por la editorial Expressão Popular en el denso y tenso año 2020.

Compuesto por estudios y relatos correlacionados, pero independientes entre sí, el libro tiene la cualidad de que cada parte es más de lo que se propone ser. Es decir, no sería incorrecto decir que el libro se centra en 15 historias de vida de 16 mujeres sin tierra del estado de Ceará, en el noreste de Brasil, a partir de las entrevistas realizadas por la antropóloga portuguesa Paula Godinho, autora de la introducción y el epílogo. También lo organizan la historiadora brasileña Adelaide Gonçalves y la pedagoga Lourdes Vicente, ambas profesoras y militantes del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), que también firman el estudio “Imprescindible es la travesía”, como en Guimarães Rosa, a modo de prólogo. Pero, después de leído, decir esto resulta insuficiente o inexacto.

A lo largo de la lectura se percibe la falta de pretensiones, desde la síntesis e incluso la sencillez de los elementos gráficos (como las fotos caseras, amateur en el mejor sentido de la palabra) que no revelan de inmediato lo sofisticado de la propuesta, las imbricaciones que se fueron construyendo, las formas en que la autoría individual cede ante una construcción colectiva, las transformaciones de roles de quién escucha y quién habla a lo largo del proceso, o incluso cómo una bibliografía se convierte simultáneamente en un documento sobre una historia y una sociedad. Si el principio de la esperanza atraviesa los informes, si “las realidades son siempre inacabadas, y la historia no se muestra completa” (p. 23), entonces esto también queda reflejado en el poder del documento construido.

El libro no detalla todas sus estrategias, y no le hace falta hacerlo. Pero es fácil advertir que hay una característica que lo atraviesa: las mujeres marcan el tono en el coro de voces. En un esfuerzo por evitar la idealización, la narración trae mujeres que reivindican otras posibilidades de

existencia mientras parecen hacer lo que siempre han hecho: cuidan la vida, cuidan la muerte, cultivan la tierra, se cultivan en la tierra y, como si fuera un metalenguaje, dialogan también en la elaboración del propio libro, cuya artesanía aporta singularidades que deben valorarse.

La introducción y el texto “Lo esencial es el cruce” son dos estudios, en cierta medida complementarios, que van más allá de la función de introducción y presentación, por ejemplo. Son reflexiones que, aunque parten de una perspectiva académica, se dirigen a “lectores de diversa índole” (p.45) y quieren deshacer dicotomías artificiales (nosotros y ellos, intelectuales y personas, investigadores y objetos de investigación), buscando comprender las complejidades sin deshacerse de lo sensible, en un planteo que llega hasta tal punto que una de las autoras, Lourdes Vicente, termina convirtiéndose en entrevistada en otro apartado. Siguiendo caminos autónomos, ambos textos aceptan el reto de materializar formas rigurosas de construcción del conocimiento, sin ocultar la defensa de posiciones claras. Supuestamente, no se ponen “guantes de goma en la voz y en la escritura” (p.21) a la hora de construir una interpretación situada y crítica. Al contrario, convencen de que no podrían llegar donde han llegado con un disimulado distanciamiento.

Para aquellos que están familiarizados con los términos, episodios y geografías mencionados, siempre existe la desconfianza de la mirada brasileña. No es el caso de la estrategia utilizada en la Introducción. No es la pose de un especialista en Brasil. Lo que se valora es la frescura de la mirada que se asombra, de la mirada desde afuera que revela lo extraordinario en lo que, aparentemente, no es extraño, es habitual, por eso a veces se mira, pero no se ve, no se correlaciona o se refleja. La autora no suaviza la profunda “necrosis del tejido social” brasileño al tiempo que se niega a reforzar las narrativas del miedo, de lo inevitable, de la derrota implacable. Al señalar otras y nuevas lecturas que se entrecruzan, el texto atrapa a quienes ya creen saber de qué se habla y reclama la urgencia de que se sepa más. Existe el reflejo del dolor a gran escala como control, la clave para entender un tiempo (p.19). De triunfos, no siempre rotundos ni fácilmente reconocibles, que abren caminos (p.22). O incluso interpretaciones de acontecimientos recientes, correlacionándolos

con las narraciones del libro, que demuestran la gran actualidad de los temas y el poder de la reflexión.

El texto “Lo esencial es el cruce...” es un estudio que demuestra las virtudes del libro-documento en su singularidad y densidad, y lo localiza y pone en diálogo con una vasta producción bibliográfica. Al ofrecer una lectura de las entrevistas articulada con referencias bibliográficas de algunos de los temas tratados -las notas a pie de página son un estudio dentro del estudio- las autoras construyen conocimiento y sugieren posibilidades metodológicas. Así es en el encuadre, desde las narrativas, de categorías como Memoria -señalada por los entrevistados como “pozo” a cavar, “savia y raíz” (p.47), aquello que mueve la lucha-, Historia -construida como patrimonio de la lucha social-, Espacio y Tiempo. Se anuncian como un inventario de las múltiples claves para entender el libro, las geografías, las palabras, los sabores, las canciones, las formas de comer, soñar, vivir y morir. Así como las posibilidades de estudio del hambre, la abundancia, la pobreza, el atraso y la sequía, los movimientos sociales, las migraciones, las múltiples relaciones con la Iglesia (la que oprime y la que libera), la violencia en el campo, la infancia, la alfabetización. Y a sus numerosos subtemas, como la degradación del medio ambiente, la mortalidad infantil, los juegos, la alimentación, la dimensión sensorial, la celebración, las relaciones con el territorio presente, pasado y futuro.

En una diversidad de narrativas que transitan por paisajes tan variados como es posible en el imaginario del atraso, de la sierra, del litoral, del hambre y de la abundancia, caminando en retrospectiva por territorios de la infancia y de la madurez, queda claro que el protagonismo es de las narradoras: Maria Genoveva, Maria Isaltina, Francisca Alexandrina, Maria Paz, Maria de Socorro, Virgínia Pereira, Chiquinha Louvado, Dona Chaguinha Maria de Jesus, Maria Moura, Maria das Graças, Cacique Pequena, Cleomar Ribeiro, Maria Ana y Lourdes Vicente. Hay en ellas un deseo (a veces incluso acuciante) de arreglar las historias, de volver a contarlas para que existan o para que no mueran. O incluso, que consigan cruzar las fronteras y, así, que ellas mismas lleguen lejos, a través del libro. Es el deseo de ser contadas en los libros. Al igual que la

necesidad de alimento, tierra y educación, cuya combinación crea una cultura común.

A partir de estas singularidades, es fácil entender que no se trate sólo del MST y de su formación (aunque este sea un fuerte aspecto del libro), sino de los procesos de confrontación y resistencia que surgen de la urgencia de los actos, de sus relaciones que constituyen y van más allá del propio Movimiento Sin Tierra. Con el cuerpo y la memoria, actúan sobre sus propias vidas y las de su entorno, incluso cuando son hombres los que ocupan puestos de liderazgo, como en la presidencia de los sindicatos, por ejemplo. Es una lucha que también se da desde dentro y está impregnada de contradicciones y aprendizajes permanentes, incluyendo los conflictos internos, las relaciones con el machismo y la resistencia dentro de los movimientos.

Con anterioridad a cada relato, la antropóloga cuenta, más de lo que contextualiza, sobre cada conversación y sobre cada entrevistada, a las que sigue con una escucha sensible. También es agradable, en la edición de las entrevistas, el respeto por la oralidad y los ritmos del habla. En conjunto, el libro está hilvanado por una estrategia que sigue el buen camino: es lo visible y lo invisible en la tradición *roseana*, revelando la complejidad más allá de lo que parece ser; es lo singular, en la apreciación de lo que es único e irrepetible, pero que tiene su mayor sentido en lo colectivo, en las experiencias compartidas; es cuando lo concreto y lo abstracto se encuentran, se reconocen y se cuestionan, ya sea la arcilla, la comida, la valla, el sueño, la esperanza, el hambre o la abundancia. En síntesis, la lectura está atravesada por la tensión entre la experiencia (como “pasado presente”) y la expectativa (“futuro presente”, que abarca, pero es mayor que la esperanza) como en la lección de Reinhart Koselleck (2016). Las mujeres, en el pulso de sus narraciones, entrelazan pasado y futuro, y muestran la historia como posible porque puede ser imaginada, porque da lugar a nuevas soluciones.

Desde lo que ya es el futuro del libro, en 2021, la mención de los momentos en los que “el presente asfixia” (p.273) cobró una actualidad inimaginable entonces. Y, a diferencia de otros períodos autoritarios, el

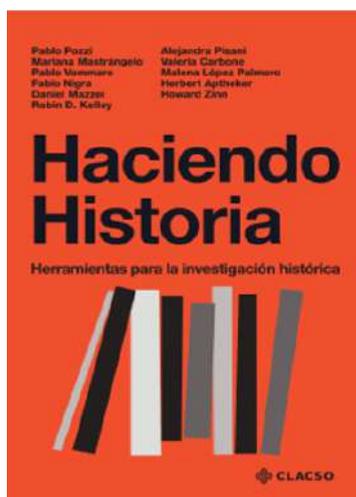
epíteto “Brasil, país del futuro” ya ni siquiera se moviliza, explícita o implícitamente, por la divulgación oficial. Por el contrario, en un plan de destrucción afirmado, en las acciones de tierra arrasada, está el proyecto de aplastar sensibilidades e imaginarios de futuros posibles. Las mujeres del libro, las que cuentan y las que escriben, las que piensan y las que se mueven para cortar vallas o realizar entrevistas, contrarrestan y muestran obstinadamente lo que está en gestación, lo que ya existe y al mismo tiempo lucha por germinar con fuerza. Sólo eso bastaría para la mayor utilidad del libro.

BIBLIOGRAFÍA

Koselleck, Reinhart. Futuro Pasado. Contribuição à semântica dos tempos históricos. Rio de Janeiro: Contraponto/PUC-Rio, 2016, p.307.

“Haciendo historia”

Dos reflexiones sobre un libro de metodología de la investigación social



Haciendo historia. Herramientas para la investigación histórica

Pablo Pozzi. Mariana Mastrángelo. Pablo A. Vommaro. Fabio Nigra. Daniel Mazzei. Alejandra Pisani. Valeria L. Carbone. Malena López Palmero. Herbert Aptheker. Howard Zinn. Robin D. Kelley. [Autores de Capítulo]

Buenos Aires, CLACSO (2021)

[https://www.clacso.org.ar/libreria-](https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro_detalle.php?id_libro=2316)

[latinoamericana/libro_detalle.php?id_libro=2316](https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro_detalle.php?id_libro=2316)

La importancia de “hacer historia”, el campo académico-intelectual y sus políticas culturales

Rodolfo Gómez*

Introducción

Intentar reseñar un libro cuyo título es “Haciendo Historia” (aunque lleve un subtítulo que aclara que se refiere a las “Herramientas para la investigación histórica”) me lleva a referir, indefectiblemente –podría decirse que por una cuestión de formación y, también, por una cuestión ideológica- desde ese mismo título, a la conocida frase de Marx en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, cuando el autor alemán nos brinda la perspectiva que la historia es hecha por los seres humanos, aunque estos (y estas, porque está dicho en el sentido genérico de una época que no es esta) la concreten “aún bajo las condiciones que no contribuyeron a crear”.

* Docente e investigador FSOC-UBA. Miembro de los Grupos de Trabajo de CLACSO Comunicación, política y ciudadanía y Estados en disputa.

La expresión marxiana contiene un elemento polémico para el momento en que fue escrita y publicada, ya que, más allá de servir de sustento para el materialismo histórico en vías de desarrollo, busca distanciarse, por un lado, de aquellas perspectivas –liberales y modernas- que suponían que los seres humanos podíamos actuar libremente en el marco de la sociedad burguesa, como así de esas otras que escamoteaban el hecho de que “hacer historia” suponía al mismo tiempo una praxis política.

Así, desde el punto de partida del título, la propia noción de “hacer historia” nos lleva a un doble componente reflexivo; el del hecho de que la descripción de los hechos o sucesos históricos supone un punto de vista –valorativo- que se encuentra disociado de una supuesta “objetividad” como así también que esa misma descripción valorativa hace presente consecuencias prácticas, en la medida que la producción de una narrativa respecto de la historia implica una “intervención” pública no exenta de compromiso político-intelectual (que es por cierto además un compromiso ético).

Aunque con algunas diferencias “de forma” –y de estilo- esto es lo que expresa con precisión y convicción notables el prólogo que Pablo Pozzi realiza y que oficia a modo de introducción a la problemática que aborda este libro, que aspira a ser una herramienta metodológica para la investigación histórica, tal como reza el mismo título del texto que estamos aquí reseñando (“Haciendo historia. Herramientas para la investigación histórica”).

Si el histórico debate de David Viñas frente al positivismo propugnado por la oligarquía argentina insistía con la importancia de considerar la centralidad de la investigación histórica, no menos podría decirse en términos críticos frente a un posmodernismo neoconservador –cuyo discurso “a-político” apenas disfraza su defensa de la libertad del capital para explotar a las y los trabajadores del mundo- que desplazaba tanto a la historia como a la necesidad de la memoria histórica como modo de no cometer los mismos errores del pasado en un futuro que se torna cada vez más incierto para la humanidad en su conjunto.

La necesidad de “hacer” investigación histórica se vuelve más imperiosa para conocer un pasado que se proyecta sobre el presente, y que es necesario conocer –y aprehender- para poder ser sujetos y no objetos de una historia, por momentos delimitada por una cultura dominante que se encuentra presente en el marco del funcionamiento de las democracias capitalistas contemporáneas –entre las que se encuentran las latinoamericanas- y de sus medios masivos de comunicación.

El libro “Haciendo historia”

El texto comienza con una introducción de Pablo Pozzi donde este hace referencia a los problemas que se presentan en la investigación histórica, a que muchas veces esa investigación, más allá de los recetarios, se hace a partir de la propia práctica y a partir de cierto proceso de “ensayo-error”. Sin embargo, también hace referencia allí a que la investigación presenta cierto elemento “subjetivo” o de interés personal a la hora de seleccionar el objeto de estudio, pero también a la hora de seleccionar la teoría con la que observará dicho “objeto” seleccionado; lo que implica que hacer una investigación científica (agregaríamos que sobre todo en el ámbito de las ciencias sociales, aunque en su visión no solamente en estas) no puede configurarse desde el plano de la “objetividad” o de la “neutralidad valorativa” sino que por el contrario comporta una elección –y una selección- mediada y en buena parte definida a partir de una opción de valor.

En un sentido que conecta con este planteo inicial de Pozzi, en el artículo que sigue a la mencionada introducción, el historiador estadounidense Howard Zinn analiza la vinculación entre campo académico (que incluye por cierto a un más amplio campo intelectual) y realidad política y cómo las investigaciones que se despliegan en el primero pueden incidir en la segunda. Aquí Zinn no solamente va a cuestionar nuevamente la propia noción de “objetividad” científica y la defensa de la –positivista- “neutralidad valorativa” sino que mostrará que las investigaciones “neutrales” en realidad comportan también una perspectiva valorativa, dado que las investigaciones siempre poseen una visión valorativa que

impacta en el devenir social, sea promoviendo su crítica y transformación o bien la conservación del status quo.

Los artículos tres y cuatro (de Daniel Mazzei y de Mariana Mastrángelo, respectivamente), aunque se encuentren en franca sintonía con la posición epistemológica esbozada previamente, se adentran en la problemática más propia del desarrollo de una investigación y en la producción de una tesis, es decir en una problemática donde lo epistemológico (y también lo axiológico) se articula con lo metodológico.

En este primer texto de Mazzei se plantea el –arduo- proceso de búsqueda de un tema de tesis y de la importancia de no sucumbir a la siempre presente tentación de gestar una tesis “panorámica” y de poder “recortar” un objeto de estudio adecuado a su realización en un tiempo que –podría decirse- prudencial. Una dificultad que se encuentra presente en toda investigación científica, no solamente en el campo de estudios históricos, y que cualquier lector interesado –sobre todo si es estudiante de maestría o doctorado- sabrá apreciar.

Lo mismo podemos referir en relación con el texto de Mastrángelo, donde la autora avanza primero en describir las distintas dimensiones que atraviesan el desarrollo del proceso de investigación y luego en la reflexión sobre la definición –no menor- del problema y de la pregunta de investigación. También la autora avanza sobre un problema no menor del proceso al referir a lo que se conoce como la configuración del “estado del arte” de la investigación a ser realizada como así respecto a la construcción de los objetivos e hipótesis de la misma, considerando variables e indicadores, y métodos de recolección y procesamiento de los datos obtenidos.

Pablo Vommaro en su texto, y luego también Alejandra Pisani en el suyo, abordan un problema central en cualquier investigación, sea esta histórica o de las ciencias sociales en general, el del uso o centralidad de la teoría. Una cuestión principalísima hoy indiscutida para todas y todos los “metodólogos”, pero en la que no se ha hecho suficiente hincapié

y que en este libro ocupa –a lo largo de todos los artículos- un lugar central.

Para el caso de la investigación histórica Vommaro señala primero que la teoría no es suficientemente considerada por la enseñanza académica, de modo tal que ello ha dado lugar a dos problemas importantes –afirma- a la hora de realizar una investigación histórica; el de la “jivarización” teórica (esto es, el de investigaciones fundamentalmente empíricas que no explicitan o restan importancia a lo teórico) o el de la “macrocefalia” teórica donde la gran presencia y relevancia otorgada a la discusión teórica encuentra una abstracción tal que tiende a justificar –y no a problematizar- los datos empíricos escogidos.

Frente a este problema Pisani señala que la vinculación entre teoría y datos empíricos (comprendidos como, en el caso de la investigación histórica, parte de los “procesos sociohistóricos”), pero también entre teoría y construcción del “objeto de estudio” y entre teoría y pregunta de investigación debe ser necesariamente dialéctica, “co-constitutiva”, y debe estar profundamente articulada –algo que también es reforzado en el artículo de Vommaro- por la práctica del propio investigador. Pero, a la vez, remarca hacia el final del texto Pisani otro elemento, que no podría estar disociado de la cuestión valorativa que atraviesa el conjunto de los artículos, el de la mirada crítica sobre la realidad, aquella que práctica material mediante no busca solamente describir sino además transformar.

Varios de los artículos posteriores del volumen, otro de Daniel Mazzei, los dos de Fabio Nigra, el de Malena López Palmero, un segundo artículo de Pozzi; abrevan en otra cuestión relevante a la hora de la realización de una investigación en el campo de las ciencias sociales y de la historia en particular, la referida a las fuentes. Problema que, por supuesto no se encuentra disociado de la teoría, ni del objeto de estudio escogido, ni de la pregunta de investigación, y por cierto, tampoco de la propia praxis de quien está investigando, de modo que sobre todo en este último caso no podría ser externa a dilemas de tipo éticos y políticos.

En el primer artículo de Pozzi, que aparece a continuación de la contribución de Zinn, se aborda la cuestión tanto ética como política del uso de fuentes orales en la investigación histórica y el cuidado que los historiadores deben tener al respecto, y de los consensos que deben alcanzarse entre quienes realizan una entrevista y los entrevistados y entre estos dos primeros y las instituciones que pudieran albergar archivos de historia oral. Y esta serie de disquisiciones se articulan con el segundo de los artículos que Pozzi consigna, cuando refiere a las entrevistas realizadas a militantes y activistas, sobre todo en el marco de supervivencia de políticas represivas por parte de Estados capitalistas que, como no podría ser de otro modo, conservan aún después de haber mutado de “forma” hacia regímenes democráticos “de derecho”, características punitivas que priorizan la sanción a la dilucidación de los hechos históricos.

El segundo artículo de Mazzei, en cambio, si bien considera estas cuestiones éticas, refiere en cambio a los problemas epistemológicos y metodológicos que se presentan a la hora de realizar una investigación histórica, en el uso de materiales de archivo. Lo teórico resulta aquí, de nuevo, fundamental, a la hora de realizar la investigación, ya que es lo que permite que el trabajo a ser realizado sobre los archivos tenga un direccionamiento preciso y permita resolver posibles problemas que se van presentando a la hora de ir desarrollando el mismo proceso de investigación.

Complementario a este texto resultan los dos de Fabio Nigra, quien luego de presentar un excelente análisis histórico de cómo fueron variando las consideraciones sobre lo que podría considerarse una fuente “fiable” para la consideración histórica (desde la inicial tradición positivista, pasando por la Escuela de los Anales hasta desembocar primero en un sesudo análisis de la noción de “discurso” acuñada por la inicial tradición estructuralista y luego en el impacto del “giro lingüístico” en el análisis histórico); da cuenta de la presencia actual de una diversidad de fuentes, entre las que pueden encontrarse no solamente “textos” sino además imágenes, piezas musicales, filmes, mapas, programas de televisión. Como así también, lo que resulta el foco de la segunda contribución de Nigra a este libro, las herramientas de análisis estadístico.

López Palmero, complementariamente, nos brinda una serie de elementos que buscan adentrarnos en el particular uso –y la interpretación– de imágenes para el caso de las investigaciones históricas.

Mención aparte merecen los dos artículos ubicados hacia la parte final del libro, dedicados al abordaje de la cuestión étnica y racial, tanto en América Latina, donde los estudios históricos parecieran haberle dado menos importancia, como en los Estados Unidos, donde pareciera tener una mayor relevancia esta problemática que la “clasista”; el de Valeria Carbone y la entrevista realizada por parte del historiador estadounidense Robin Kelley al también historiador y militante comunista estadounidense Herbert Aptheker.

En el caso del artículo de Valeria Carbone, la autora da cuenta de cómo ha sido abordada la problemática racial en América Latina para luego pasar a observar qué aporte podría hacerse desde el estudio de esta problemática, desde este abordaje historiográfico de la cuestión racial, a la investigación histórica en general. Explica Carbone que “no fue hasta hace poco tiempo que los estudios sobre los temas raciales, la desigualdad y la estratificación racial en la región aumentaron al punto de comenzar a superar los análisis referidos al período de la esclavitud de la época colonial y su impacto a largo plazo sobre las sociedades sobre las sociedades posteriores a la emancipación...el aporte propuesto en las siguientes páginas apunta a indagar en algunos lineamientos y ejes de discusión que...contribuyan a seguir pensando tanto desde lo teórico conceptual como metodológico”. (pp.214)

Una problemática que se presentó en realidad desplazada, afirma, porque aún desde el análisis realizado por las perspectivas de análisis histórico críticas o de izquierda se tendió a priorizar el análisis clasista respecto de las desigualdades sin considerar como dichas desigualdades se encontraban además articuladas con la problemática racial.

El otro artículo, la entrevista de Kelley a Aptheker, nos muestra una realidad estadounidense bastante diferente a la latinoamericana, pero que no por más desarrollada en términos capitalistas ha sido menos racista

ni menos explotadora que lo que puede consignarse en nuestra región. Llama la atención el entrevistado en que fue su proximidad con la comunidad negra como así su proximidad con la desigualdad social que vivía dicha comunidad (como así su militancia comunista) la que le permitió dar cuenta de la experiencia histórica vital de los negros, accediendo a registros históricos –escritos u orales- que de otro modo no hubieran podido ser consignados. También llama la atención respecto de, siendo comunista, las dificultades de pensar diferente y en franca proximidad con los sectores sociales y clases postergadas, en un país que se auto-otorga ser “una gran democracia” o –en el decir de algunos de los representantes de la sociología estadounidense- una “mesocracia” equilibrada y controlada donde –de modo “pluralista”- puede haber pensamientos de izquierda (liberals) y de derecha (conservatives), pero en la medida que no sean “demasiado” radicalizados.

A modo de síntesis, el libro cierra con el prólogo –del año 2008- que el mismo Pozzi escribe a su libro *La oposición obrera a la dictadura* (1976-1982), publicado inicialmente en 1988. Un cierre coherente con lo que se sostiene en los diferentes artículos del libro, porque allí el autor vuelve a insistir en que la investigación científica en general y la investigación histórica en particular no resulta de un encuentro fortuito e inesperado con un “objeto de estudio” sino una elección personal atravesada por valores sociales, políticos, ideológicos, éticos; que son los que –en última instancia- determinan no solamente la elección del mismo “objeto de estudio” sino que además direccionan la pregunta y los objetivos de investigación como así las herramientas teórico conceptuales a ser empleadas en el desarrollo de todo el proceso de investigación. Por eso afirma allí Pozzi que: “Todo buen estudio histórico comienza por la conclusión. Esa conclusión siempre es el resultado de una posición política e ideológica. No importa cuánto lo disfracemos o cuán inconscientemente lo hagamos, nuestra opinión sobre el desenlace de la historia está siempre al principio. En general la profesión tiende a tratar de silenciar este aspecto central del trabajo del historiador centrándose, en cambio, en una aparente objetividad positivista que hace eje en la precisión y el cúmulo de la investigación. Lo que se deja de lado es la discusión sobre los significados de la experiencia humana y el cómo nosotros la

interpretamos. La obligación moral y política que todos tenemos de interpretar la totalidad de un hecho histórico no debe confundirse con la tarea de asignar responsabilidades políticas y morales por crímenes específicos. El comprender un hecho histórico es en sí mismo un hecho moral y político, y la capacidad de comunicar esa interpretación histórica es algo que puede, en principio, brindar instrumentos para tomar mejores decisiones políticas y morales en el futuro. En este sentido, la discusión sobre la clase obrera argentina bajo la dictadura de 1976-1983 no ha sido una mera disputa académica. De hecho, la confirmación de una perspectiva particular, que postula la derrota histórica de la clase obrera argentina, se ha convertido en la base material para renunciamentos políticos e ideológicos de todo tipo”.

Un punto de vista que, aunque parezca no ser estrictamente teórico y metodológico, no sólo lo es, sino que resulta de la mayor importancia para quiénes, a pesar del clima cultural imperante en las sociedades capitalistas latinoamericanas (y más allá de estas) la investigación en el campo de la historia y de las ciencias sociales en general sigue valiendo la pena.

Comentarios finales

Hemos querido describir hasta aquí las virtudes del libro “Haciendo historia. Herramientas para la investigación histórica”, publicado por CLACSO este mismo año, y donde participan Pablo Pozzi, Howard Zinn, Daniel Mazzei, Mariana Mastrángelo, Pablo Vommaro, Alejandra Pisani, Fabio Nigra, Malena López Palmero, Valeria Carbone, Robin Kelley. Un texto que pretende ser un aporte, tal como reza el título, al desarrollo del proceso de investigación en el campo de los estudios históricos; aunque, como vimos, resultara más que eso. Sobre todo, por la adopción de un punto de vista, una perspectiva, que supone que hacer investigación histórica no es un hecho neutral donde el o la investigadora se ubica de modo distante con el “objeto de estudio” escogido.

Por el contrario, como bien se sostiene a lo largo de los diferentes artículos que componen el libro, hacer investigación –y podría agregarse, hacerla lo mejor posible- supone asumir una posición; porque será esa posición asumida la que nos acercará a recortar el “objeto de estudio” posible a ser investigado (nuestro tema de interés), el que –a la vez- llevará a la definición de las herramientas teóricas y conceptuales a ser utilizadas, a la formulación de la pregunta de investigación y de las hipótesis de trabajo, los objetivos, y –por fin- a la búsqueda y al procesamiento de los datos obtenidos; que serán los que responderán a la pregunta de investigación, corroborando total o parcialmente o más bien cuestionando nuestra hipótesis de trabajo.

Todo esto es –como intentamos exponer de un modo resumido en este artículo- lo que se desarrolla a lo largo del libro, en sus diferentes artículos, y diríamos que solamente por eso vale la pena su lectura. Aunque, como también adelantábamos, no sólo de eso trata el libro; porque si toda investigación supone una toma de posición que implica “poner el cuerpo”, lo mismo deberíamos decir de un libro que –como toda investigación- asume ese punto de vista que busca romper con aquellas posiciones ideológicas “objetivas”, “científicas”, “neutrales”, que buscan ocultar en realidad que su búsqueda investigativa es la de la defensa del orden –capitalista- establecido.

Esto quiere decir que entonces, este libro nos está planteando además de un aporte, una discusión, una disputa pública que en principio se expresa al interior del espacio público –a veces algo cercenado o estrecho- que se construye en las inmediaciones del campo académico o del más amplio campo intelectual; sobre las implicancias de hacer investigación, y sobre las consecuencias prácticas de hacerlo. Como en el caso de una investigación que una vez concluida busca difundirse, la publicación de un libro es un modo de intervención pública (y, por lo tanto, es también una política cultural), y lo que aquí se intenta es poner en discusión si en el campo de la investigación histórica, ese mismo proceso de la hechura de esta investigación tiene un impacto más allá del campo académico, en la vida de esas personas de carne y hueso (y aquí pensamos en esa clase obrera que a pesar de las persecuciones y las desapariciones forzadas se

opuso a la última dictadura cívico militar argentina, también en esos negros que resistieron y se opusieron a la esclavitud en los Estados Unidos y luego de esta a la explotación capitalista; en esos pueblos originarios que en toda América Latina se opusieron primero a la usurpación de sus tierras y al colonialismo y aún hoy lo hacen frente a la estigmatización racial, en las mujeres y los jóvenes de todo el mundo que desde hace ya mucho tiempo vienen luchando por el reconocimiento y por la igualdad de derechos).

Esas personas, individuales, colectivas, concretas, que son las que intentan hacer historia todos los días.

Breve comentario a *Haciendo historia* Herramientas para la investigación¹

Gerardo Alberto Médica*
José Luis Fernández**

Toda compilación o reunión de artículos convocada para un libro es arbitraria y extremadamente compleja. Pone en juego el refugio de las páginas seleccionadas y pierde la posibilidad de lo cincelado o amputado. Esta compilación que queremos reseñar no escapa a esa lógica –en tanto características– pero transmite además algo vital: la diversidad de miradas sobre cómo estamos “haciendo historia”; nos hace olvidar lo omitido o lo cincelado. En concreto, el libro plantea un bellissimo juego de “partes y un todo” con centralidad en cómo “hacer historia” o “cómo hacemos historia”; interrogantes sugerentes, obligatorios y necesarios

+ Docente a cargo de la cátedra de Historia Social Argentina de la Licenciatura en Historia de la Escuela de Formación Continua de la Universidad Nacional de La Matanza. Es profesor de Historia y Licenciado en Enseñanza de la Historia. Integrante del PHO-INDIEL-FFyL, UBA. Miembro de AHORA (Asociación Argentina de Historia Oral de la República Argentina). Correo de contacto: gmedik@hotmail.com

++ Integrante de la cátedra de Historia Social Argentina de la Licenciatura en Historia de la Escuela de Formación Continua de la Universidad Nacional de La Matanza. Es profesor de Historia y Licenciado en Historia. Correo de contacto: joseunlam2003@gmail.com

¹ Publicada previamente como Médica, Gerardo y Fernández, José Luis (2021).

para estudiantes de historia, investigadores y público interesado en Clío. Creemos fervientemente que “Haciendo Historia” es un libro destinado al recorrido inevitable de convertirse en un clásico de consulta y que será de ardua tarea intentar en el futuro superarlo en contenidos y formas.

Cualquier comentario a un libro contiene en su sustrato la idea de un potencial lector y busca ofrecer un mínimo umbral de ingreso que lo predisponga a los marcos interiores de la obra. En un lenguaje más coloquial, un comentario a un libro es una invitación, un ofrecimiento a transitar un camino con señalamientos para un andar entre sus hojas y tipografías bajo la experiencia de una lectura realizada que el potencial lector aún no posee.

Desde este sentido, diremos que aquellos que se sumerjan en las páginas de “Haciendo Historia” bucearán en una presentación a cargo de Pablo Pozzi quien contextualiza los objetivos del libro y concentra, en tanto detalle y escritura, los catorce capítulos que componen la obra. Con una escritura amena y alejada de las “poéticas del saber” (Jablonka, 2014, pp. 88-102), Pozzi anticipa recurriendo a aspectos biográficos, experiencias, cuestiones de investigación y metodológicas, cómo es posible devenir en historiador pivotando siempre en ideas abiertas que generen nuevas interpelaciones.

Luego de la presentación, el Capítulo 1 (escrito por Howard Zinn) y el Capítulo 2 (de Pablo Pozzi) tienen el matiz de poner en debate al menos dos cuestiones fundamentales de la práctica del historiador: la subjetividad siempre negada por la academia en los estudios históricos y la ética de quienes hacen historia. Howard Zinn en su escrito nos interpela sobre la imposibilidad de la neutralidad del historiador, atizando cambios que rompan con los mandatos de objetividad de la academia e invitando a la presencia de sentimientos y de una postura política del historiador bajo la idea de cambio.

En tanto Pablo Pozzi nos recuerda, tomando como ejemplo una investigación sobre el IRA (Ejército Republicano Irlandés) en Estados Unidos y las consecuencias jurídicas que derivaron de entrevistas orales

realizadas en ese marco, el lugar ético que debe tener el historiador en determinados contextos sociales y políticos. En definitiva, Pozzi reflexiona sobre investigaciones históricas cuyo impacto no es solo en el plano académico, sino en las consecuencias sociales y políticas de abordar ciertas temáticas que provocan las reacciones de los poderosos. Lo escrito en este capítulo, hace posible una meditación ampliada sobre prácticas de historia en sociedades Latinoamericanas atravesadas por violencia institucional y pasados de exterminios donde los derrotados al tomar la palabra, promueven el malestar del “status quo”.

En los senderos de repensar los aspectos metodológicos, herramientas e incluso temáticas de investigación, “Haciendo Historia” ofrece en los Capítulos 3, 4, 5, 6 y 7 (el agrupamiento es nuestro) una serie de balances, sugerencias y experiencias de lectura recomendables a cualquier persona dentro del oficio de investigador. Daniel Mazzei (en el Capítulo 3) aborda lo referido a delimitar la temática de una tesis, sus tipologías y posibles formas de desarrollo en tanto experiencia de investigación alejada de un “trámite burocrático”. Adherida a la propuesta de este último, Mariana Mastrángelo (Capítulo 4) detalla y ofrece rudimentos claves para el desarrollo de un proyecto de investigación en humanidades estableciendo una suerte de esquema explicativo de utilidad para quienes comienzan sus primeros pasos de investigación y para quienes deseen rever cuestiones con la investigación histórica y en humanidades.

Desde esta densidad temática, el Capítulo 5 (de Pablo Vommaro) y el Capítulo 6 (de Alejandra Pisani) ingresan en los lares de la teoría y la historia, donde sobrevuela la imperiosa necesidad de construcción de categorías analíticas para planteos de problemas y explicaciones teniendo por horizonte la reflexión teórica como una práctica en sí misma. Ambos capítulos son sugerentes porque proponen que la relación entre historia y teoría está signada por una praxis, conciliando teoría y objeto de estudio. Mientras Daniel Mazzei en el Capítulo 7, transmite su experiencia como investigador en derrotero de archivos y bibliotecas de la Argentina ofreciendo un balance sobre los inconvenientes, trabas burocráticas y formas de acceso y criterios de cómo acceder “con sentido” a los mismos.

Sobrepasando los capítulos brevemente comentados, “Hacer Historia” nos posiciona en la lectura de los Capítulos 8, 9 y 10 en los que emanan temáticas relacionadas con fuentes no tradicionales, uso de la imagen e historia oral. En el Capítulo 8, Fabio Nigra imprime un recorrido sobre nociones de fuentes (centrado en una genealogía de “qué se entiende por fuente”) y usos de material audiovisual dejando interrogantes abiertos sobre cómo “generar un sistema interpretativo” sobre ellas.

Seguido a los planteos y propuestas de Nigra, y ampliando sobre el uso de imágenes en la investigación histórica, en el Capítulo 9 Malena López Palmero (centrada en un caso puntual) ofrece una detallada manera de conciliar, cruzar y abordar la relación entre un texto e imágenes y entre nociones de presentar y representar a la hora de trabajar con imágenes en reconstrucciones históricas. Los dos capítulos más allá de sus características específicas permiten construir puentes para repensar el uso de imágenes en una cultura típicamente visual, predominante en este presente.

Nuevamente en el Capítulo 10, se hace visible la aparición de Pablo Pozzi focalizando en la temática de la historia oral y bogando sobre cómo entrevistar e interpretar testimonios de militantes y activistas teniendo como punto nodal la cultura militante que portan los entrevistados y la cultura del entrevistador. Para aquellos que tenemos cierta familiaridad con la práctica de historia oral y la producción de testimonios orales, el capítulo nos conduce a una revisita sobre maneras de realizar entrevistas y de qué modo las interpretamos.

Dentro del cuerpo de la obra no podían faltar –y de hecho no faltan– opiniones, fundamentaciones, categorías y visiones sobre el racismo en los estudios históricos. En esta gama de pensar el racismo, el Capítulo 11 de Valeria Carbone se centra en Latinoamérica y Argentina, puntualmente en la imperiosa necesidad del uso de categorías analíticas que rompan con el silencio sobre determinadas fuentes (la de los racializados en los marcos de racismo institucional), generando nuevos modos de interpretación sobre pueblos originarios, afrodescendientes y otros grupos sociales estigmatizados y discriminados de nuestras sociedades.

Ligado al excelente trabajo de Valeria Carbone, la inscripción de la entrevista a Herbert Aptheker realizada por Robin Kelley –Capítulo 12– es de un valor incunable. En ella está presente la trayectoria de Hebert Aptheker como historiador marxista, marginado de la academia por su compromiso con los afrodescendientes norteamericanos, su antirracismo y anticapitalismo. Las palabras de Aptheker en la entrevista, trazan aspectos biográficos que se entrecruzan con aspectos colectivos que, como telón de fondo, dejan al desnudo el racismo norteamericano que el autor siempre combatió y visibilizó en sus producciones.

Ya próximo a finalizar el libro irrumpe nuevamente Fabio Nigra –Capítulo 13–, quien focaliza pensamientos y propuestas sobre el uso de estadísticas en la historia. El trabajo no se ubica en la clásica postura de cómo se deben realizar las entrevistas, sino que por medio de ejemplos analíticos nos advierte que todo buen análisis estadístico debe considerar “datos reales” y los “datos de los actores” que la construyeron para lograr realmente ser fieles a la realidad que representan.

Por último, a manera de cierre del compilado de artículos que forman el libro, el Capítulo 14 reproduce el prólogo de la segunda edición de “La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)” de Pablo Pozzi (2008, pp. 1-19). Su inclusión a nuestro entender es más que acertada, ya que de cierta forma es un cierre a los planteos fijados en la presentación de la obra y condensa aspectos de los capítulos que lo conforman. Por otro lado, también es el prólogo de uno de los principales libros escritos sobre la clase obrera argentina durante 1976-1983 porque contiene reflexiones, dudas y certezas sobre cómo es “hacer historia” más allá de la temática específica que desarrolla. Incluir un prólogo como cierre a ciencia cierta no concluye nada. Es más, es una sutileza provocativa, un guiño entre líneas que cobra un sentido: la invitación a proponer nuevas aperturas e interpelaciones. Y esto para nosotros es relevante porque no asienta de manera inamovible nada, sino que nos empuja a seguir encontrando respuestas a las viejas y nuevas preguntas sobre cómo hacemos historia o estamos “haciendo historia”.

Con lo dicho hasta el momento sobre “Haciendo Historia”, solo basta acotar que es un texto valioso y consistente; un libro que nos invita en sus páginas a realizar un recorrido sencillamente atrapante porque no establece recetas sobre cómo “hacer historia”. En realidad, en este recorrido nos incita al debate con centro en nuestras prácticas como artesanos de Clío. Puesto en claro, leer y disfrutar las páginas de “Haciendo Historia” es irreductiblemente una manera de “hacer historia” y de estar “haciendo historia”. Mientras tanto su destino de clásico de consulta comienza a gestarse y los anaqueles de las bibliotecas – virtuales o físicas – lo esperan imperiosamente.

BIBLIOGRAFÍA

Médica, Gerardo y Fernández, José Luis (junio de 2021–diciembre de 2021). Breve comentario a: Pablo Pozzi et al. (2021). *Haciendo historia. Herramientas para la investigación*. Buenos Aires: CLACSO. *Antigua Matanza. Revista de Historia Regional*, 5(1), 161-167. DOI 10.5281/zenodo.4917185

Jablonka, Ivan (2016). *La historia como literatura contemporánea. Manifiesto por las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: FCE.

Pozzi, Pablo (2008). *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)* (2° edición). Buenos Aires: Imago Mundi.

Historia reciente y solidaridades

Nayeli Camacho Olvera*



Reseña

Recorridos Solidarios: trayectorias individuales y montajes colectivos en la historia reciente

Pensado Leglise, Patricia y Gerardo Necochea Gracia (coords.)
México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2020, pp. 278.

Este libro es la más reciente publicación del Seminario de Historial Oral con sede en la Ciudad de México. Es fruto de discusiones colectivas y en el que los autores, miembros todos del seminario, presentan ocho ensayos reunidos alrededor del concepto de solidaridad. A través de este concepto, las autoras y autores, ofrecen una mirada diferente a entrevistas que pertenecen a sus proyectos de investigación, todos enmarcados en el pasado reciente.

Esta es una mirada distinta porque cada entrevista, con excepción de una, fueron construidas en otra temporalidad y con otros objetivos, por

* Licenciada en Estudios Latinoamericanos de la UNAM, becaria del Instituto Mora (México) integrante del Grupo de Trabajo de CLACSO "Izquierdas, praxis y transformación social" 2019-2022.

lo que los ensayos no solo revisitan el testimonio de los entrevistados, sino que cada autor o autores hacen un descubrimiento sobre su propia entrevista al escudriñarla desde la solidaridad.

Para hacer lo anterior, como se señala en la introducción, no se pretende dar una definición de solidaridad, por ello, el libro comienza con una esquemática y sucinta historia conceptual del término “solidaridad”, no para tomar tal o cual definición, sino para observar a *grosso modo* el entramado semántico alrededor del término. Atravesando esta historia las esferas religiosa, política, filosófica y de las ciencias sociales, la propuesta del libro es considerar dos formas de solidaridad, la performativa y la construida, y es así como se agruparon los ensayos que conforman la obra.

En principio tenemos la *solidaridad performativa* caracterizada por estar asociada a una postura ética. A este grupo pertenecen cuatro ensayos. El primero de ellos se titula “El SUTIN: lazos de solidaridad” de Patricia Pensado Leglise, donde a través del testimonio de trabajadores y trabajadoras del Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear, la autora observa las prácticas solidarias vinculadas al sindicato, no solo las que brindaron sino las que recibieron, como parte de una cultura de izquierda. Destaca el apoyo del SUTIN a otras organizaciones sindicales y al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), así como la mirada de género en las expresiones de solidaridad.

El título del segundo ensayo es “Manifestaciones de solidaridad: los maestros en el movimiento estudiantil del 68” escrito por Patricia Pensado, Erick Arellano, Pablo Bonilla y Ricardo Chávez. En este ensayo vemos una vuelta de tuerca en el punto de observación al movimiento, al preguntarse por las manifestaciones de solidaridad de los maestros y maestras a los estudiantes, siendo este el único ensayo del libro, donde los testimonios están expresamente recabados con este propósito.

En el siguiente ensayo “Solidaridad intermitente”, Amelia Rivaud, presenta la trayectoria de vida de una hija de guerrilleros guatemaltecos, cuyos cuidados más tempranos estuvieron a cargo de otras personas y

agrupaciones mientras sus padres estaban en la lucha armada. La solidaridad que recibió NR, como es llamada en el ensayo, estuvo condicionada por la posición y jerarquía de sus padres dentro de la organización. De esta manera la autora nos presenta un interesante cuestionamiento al carácter que a veces se antoja romantizado de la solidaridad en las izquierdas.

El último ensayo de la primera parte se titula “ ‘El nosotros’ y la comparación de aprendizajes en la ‘Escuelita de la libertad zapatista’ ”, en el que Gloria Luz Rascón Martínez presenta tres testimonios muy bien trabajados sobre la experiencia en la Escuelita zapatista y que resultan no solo una ventana a la vida en las comunidades zapatistas y a la solidaridad intrínseca del ‘nosotros’, sino también se entrevistó en los alumnos y alumnas entrevistados, la solidaridad que hay en la apertura a la otredad.

La segunda parte de la obra, donde se revisa la *solidaridad construida*, agrupa cuatro ensayos, en los que la solidaridad se presenta más bien dejando los postulados y se muestra, como señala Gerardo Necochea en el primer ensayo de esta segunda parte, emergiendo de las relaciones con los otros. En “Contiendas laborales y solidaridades encontradas en Santa Bárbara, 1970 – 1981”, el autor problematiza la relación entre los conceptos solidaridad, comunidad y clase, utilizando una selección de entrevistas a los mineros de Santa Bárbara, Chihuahua, que participaron en la insurgencia obrera de la década de los setentas del siglo pasado.

En el ensayo consecutivo “Construyendo la solidaridad. Análisis micro-histórico de una mujer migrante”, Carlos Flores, a través de la trayectoria de vida clásica de Cleo, una migrante de la Ciudad de México, ofrece un relato que a la manera de la microhistoria corre paralelo con la historia de la migración a la Ciudad de México a mediados del siglo XX. En este ensayo también encontramos un modelo muy interesante de cómo se ha transformado la institución familiar en esta ciudad por medio de la observación a la solidaridad familiar hacia Cleo que en muchos e importantes momentos de su vida le fue restringida.

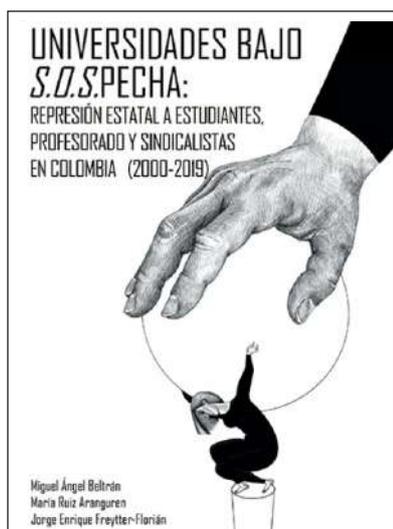
El siguiente ensayo de Concepción Martínez, “Trayectoria de vida de un joven con discapacidad visual. Interacción y relaciones sociales, una mirada desde la solidaridad” tiene como protagonista a Juventino, indígena de la comunidad de Santa María Tlahuitoltepec, Oaxaca, con debilidad visual, que al momento de la entrevista es ya un activista por la inclusión y la transformación de las expectativas de vida de las personas con discapacidad visual y en general de las personas con discapacidad. No solo impulsa el proyecto educativo para personas con discapacidad visual Letras Habladas, sino que politiza la situación de discapacidad, y desde allí ejerce múltiples prácticas de solidaridad.

El último ensayo del libro, “La solidaridad en una menos insumisa, infractora consumidora de sustancias adictivas”, es uno de los más duros. Considerada como perteneciente a un grupo marginal por las vicisitudes de su vida, Alexis es entrevistada por Martha Romero dentro de una institución para menores infractoras. La autora a través del testimonio de Alexis cuestiona las afirmaciones de que los actos de solidaridad son casi imposibles en un contexto de drogas donde la solidaridad se percibe altamente condicionada.

Como puede notarse en la variedad de las temáticas, este libro es un trabajo interdisciplinario. Aderezado cada ensayo con las reflexiones propias de los autores sobre lo que significa la solidaridad, no hay romantización o exaltación de la misma, sino que interesantemente ésta es cuestionada, y así durante la lectura la solidaridad se encuentra también intermitente, negada, condicionada o restringida, y el lector es de esta manera invitado a complejizar su propia concepción del término.

Represión y Universidad en Colombia

Ana Jemio*



Reseña

Universidades públicas bajo S.O.S. pecha. Represión estatal a estudiantes, profesorado y sindicalistas en Colombia (2000-2019)
Miguel Ángel Beltrán Villegas, María Ruiz Aranguren y Jorge Enrique Freyter Florián
Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, Asociación- Elkartea Jorge Adolfo Freyter Romero, 2019.

Este libro es un esfuerzo colectivo por documentar, caracterizar y denunciar la represión estatal contra la comunidad universitaria de Colombia en las últimas dos décadas. La minuciosa reconstrucción histórica y la profundidad analítica que caracteriza a esta obra se explica por la convergencia de trabajos de investigación de largo aliento (desarrollados por los profesores e investigadores Miguel Ángel Beltrán, María Ruiz y Jorge Freyter) con tareas de investigación y

* Doctora en Sociología, Universidad de Buenos Aires, integrante del Grupo de Trabajo de CLACSO "Izquierdas, praxis y transformación social" 2019-2022.

documentación desarrolladas específicamente para este escrito, que hicieron eje en 4 universidades públicas.

Tanto el prólogo, escrito por el profesor Renán Vega Cantor, como el capítulo uno “Universidades públicas colombianas en Contexto (2000-2019)” permiten al lector ubicar el objeto de este libro –las lógicas, dinámicas y modalidades de la represión estatal– en el contexto más general de la historia colombiana de los últimos setenta años. Esta contextualización incluye, por un lado, una caracterización más general del terrorismo de Estado en Colombia como una política sistemática destinada a mantener y ampliar la desigualdad estructural de la sociedad mediante el silenciamiento de aquellos que plantean un proyecto alternativo de sociedad o impulsan alguna redistribución de la riqueza rural y urbana. Por el otro, ubica la política represiva contra la comunidad universitaria y sus formas en el marco de los distintos planes que los gobiernos fueron desarrollando para la educación superior.

Si esta parte atiende fundamentalmente al por qué y para qué de la violencia estatal ejercida contra estudiantes, profesores y sindicalistas, el segundo capítulo, llamado *Modalidades de represión contra la comunidad universitaria*, se abocará a entender el cómo de esa violencia. Para ello, se caracterizan distintos tipos de mecanismos represivos utilizados por el Estado que van desde la eliminación física hasta la utilización del código disciplinario propio de las universidades con fines de hostigamiento.

Esta tipología incluye seis categorías: 1. infiltración paramilitar, 2. desaparición forzada y ejecuciones extrajudiciales, 3. brutalidad policial, 4. estigmatización, persecución y exilio forzado, 5. el uso arbitrario del sistema judicial y 6. disciplinamiento de la oposición. Para cada una de ellas el libro sigue una misma estructura: define en qué consiste el mecanismo, qué efectos produce y reconstruye algunos casos emblemáticos de su aplicación en las universidades bajo estudio.

Lejos de un catálogo del horror, la reconstrucción que el libro plantea a lo largo de estas sesenta y tres páginas permiten dimensionar un complejo

entramado de estrategias represivas que incluyen distintas formas de atacar la potencia de los sujetos y de difundir el temor en sus entornos, así como diferentes modos de articulación entre los aspectos clandestinos de la represión y aquellos institucionales o formales.

Ello se ve, por ejemplo, en el acápite que abre el capítulo, “infiltración paramilitar”, donde se analiza el caso de distintas universidades del Caribe colombiano que fueron definidas como territorio a conquistar por los grupos paramilitares. Esta infiltración no sólo conllevó el asesinato de estudiantes y profesores, sino que implicó la participación activa de paramilitares en el gobierno de las universidades con distintos objetivos: apropiarse de fondos, desarticular a las organizaciones estudiantiles y sindicales de docentes y trabajadores, controlar el pensamiento crítico, pero también ejercer el control de una institución con fuerte influencia en el territorio. Este tipo de articulación, presente en otros pasajes de este libro, permite mostrar no sólo la voluntad de destrucción de los mecanismos represivos sino también su propósito de gobernar a través del terror, de moldear conductas, ideales, valores y sentimientos.

Los distintos mecanismos a través de los cuales se estigmatiza a los sectores críticos dentro de la academia –abordados en el acápite cuatro– también son una puerta de entrada para comprender el carácter aleccionador de la represión estatal, que se extiende más allá de sus víctimas directas. “La palabra ‘estigma’ tiene sus orígenes en la antigua Grecia, y estaba asociada en sus orígenes con una marca física hecha con fuego o cuchillo en el cuerpo de aquellos individuos considerados moralmente inferiores o extraños, cuyo trato debía evitarse” (p. 127), nos recuerda el libro. Aunque la marca física desapareció con el tiempo, el sentido inicial del término se mantiene: es una marca que comunica; a través del señalamiento de un cuerpo, advierte al resto sobre la conducta que debe seguir.

Esta dimensión comunicativa del ejercicio represivo se encuentra presente en los capítulos tres y cuatro del libro: “Rasgos de la judicialización a la comunidad universitaria” y “Los medios de comunicación en Colombia ante la represión en la academia”. El primero de ellos está

dedicado a caracterizar una de las prácticas represivas más frecuentes contra la comunidad universitaria. A través de la detallada descripción de los mecanismos involucrados en los montajes judiciales (capturas ilegales legalizadas por jueces de garantía, desconocimiento de la presunción de inocencia, pruebas ilícitas e ilegales, testigos falsos o de dudosa credibilidad, desnaturalización del delito de rebelión, presiones para la autoincriminación, entre otros), este capítulo devela los cimientos clandestinos e ilegales sobre los cuales el Estado monta la presunta legitimidad del castigo que ejerce.

Los montajes judiciales cumplen, así, distintas funciones: buscan “debilitar a los movimientos políticos y sociales de oposición, y sembrar temor entre quienes participan en las acciones de legítima protesta y resistencia social” (p. 47), pero también “demostrar’ la existencia de una supuesta infiltración de ‘organizaciones criminales o terroristas’ en acciones legítimas de protesta social, para proyectar ante la opinión pública, la percepción de que el Estado colombiano combate eficazmente a las ‘organizaciones ilegales” (p. 48).

La estigmatización de las víctimas y la legitimación de las prácticas represivas que contra ellas se ejercen requieren de los medios de comunicación para ser efectivas. El cuarto capítulo explora este rol de caja de resonancia, de mecanismo de amplificación de los montajes judiciales que ejercen los medios a través “del establecimiento de juicios paralelos” (p. 180). Rol que tiene como condición de posibilidad la concentración de los medios de comunicación en tres grandes grupos empresariales y el silenciamiento (por la vía de amenazas, persecuciones, y otros variados mecanismos represivos) de quienes ejercen un periodismo crítico.

Con este capítulo cierra una primera parte del libro cuyo objetivo manifiesto es hacer visible la represión estatal contra la comunidad universitaria. A juzgar por su desarrollo y los distintos aspectos que va iluminando, bien se podría decir que el libro cumple con ese objetivo y logra algo más: nos abre un universo fáctico y también un enfoque analítico para estudiar un modo de gobierno de las universidades a través del terror.

“No hay poder sin resistencia” podría ser el título que resume la segunda parte de este libro compuesta por un breve capítulo con “Recomendaciones para el acompañamiento a las víctimas de falsos positivos judiciales en las universidades estatales” (p. 187) y, sobre todo, por una extensa sección dedicada a recuperar la memoria de los estudiantes, profesores y sindicalistas asesinados por la represión estatal entre 2000 y 2019.

Este ejercicio de memoria se hace poniéndole nombre y rostro a los sujetos que hacen la historia, nombrando a quienes fueron responsables de su muerte, contando cómo, dónde y en qué contexto fueron asesinados. Esto no sólo constituye un justo acto de homenaje a las víctimas sino también una apuesta por la historia y una promesa de futuro:

Sólo pido una cosa: los que sobrevivís a esta época no olvidéis. No olvidéis ni a los buenos ni a los malos. Reunid con paciencia los testimonios de los que han caído por sí y por vosotros. Un día, el hoy pertenecerá al pasado y se hablará de una gran época y de los héroes anónimos que han hecho historia. Quisiera que todo el mundo supiese que no ha habido héroes anónimos. Eran personas con su nombre, su rostro, sus deseos y sus esperanzas y el dolor del último de los últimos no ha sido menor que el del primero, cuyo nombre perdura. Yo quisiera que todos ellos estuviesen cerca de vosotros, como miembros de vuestra familia, como vosotros mismos.

La rebeldía en palabras y hechos

Lylia Palacios*



Reseña

La rebeldía en palabras y hechos. Historias desde la orilla izquierda latinoamericana en el siglo xx

Gerardo Necochea Gracia, José Pantoja Reyes. [Coordinadores]

Colección Grupos de Trabajo.

ISBN 978-987-722-792-5

CLACSO. ENAH. INAH. Secretaría de Cultura, México.

Buenos Aires. Septiembre de 2020

https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro_detalle.php?id_libro=2299

El intelectual sano, aquel que no se enferma al repensar

Lichtenberg (1742-1799)

El término “izquierda” como definición política es hoy una palabra desvanecida, controversial, y en muchos ámbitos –incluido el académico– una antigualla. Por eso, el que un grupo de historiadores y antropólogos

* Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Utrecht. Catedrática jubilada de la Universidad Autónoma de Nuevo León (México).

se asuma de izquierda, e investigue y se reúna en torno a esa discusión, es un mérito del cual partir. Por suerte, su seminario realizado en 2019 concluyó en este libro publicado en 2020: *La rebeldía en palabras y hechos. Historias desde la orilla izquierda latinoamericana en el siglo xx*, integrado por diez capítulos y una atinada presentación de los coordinadores Gerardo Necochea Gracia y José Pantoja Reyes.

El grupo de trabajo de CLACSO, Izquierdas: Praxis y Transformación Social, organizador del seminario, es “un grupo renovado y transformado” cuyo antecedente inmediato fue otro llamado Ser de Izquierda Hoy en América Latina. Desde el índice del libro se observa la heterogeneidad de sus integrantes y de sus temas de investigación, el abanico se abre e inicio siguiendo la ruta de las fuentes para un primer acercamiento. Escriben autores que presentan sus reflexiones (o diálogos como menciona Archila) interpretando a teóricos europeos, estos son los capítulos de Mauricio Archila, quien desde la experiencia colombiana, recurre a Bobbio para refrendar la diada topográfica derecha/izquierda y a Traverso y su concepto de “melancolía de izquierda”, enfocándose hacia a las izquierdas latinoamericanas de hoy.

El otro capítulo es el de Patricia Pensado que hace un recuento, a partir de su interpretación de algunos conceptos de Gramsci, de la trayectoria política de un grupo de intelectuales mexicanos de la “generación del 68”. En tanto que Marcos Montysuma recurre a la literatura orwelliana y su término *neolengua* para aplicarlo a la confrontación discursiva contemporánea entre derecha e izquierda en Brasil. La prensa escrita, de izquierda y comercial, está presente. Lo está como objeto de investigación, y son los capítulos de Alejandro Peñaloza y Gerardo Necochea quienes recurren a periódicos de izquierda para analizar la política e ideología de los grupos emisores. El primero lo hace con el periódico *Madera* para “definir la identidad política de la Liga Comunista 23 de Septiembre”, y el segundo recupera el archivo del periódico *El Martillo*, creado en Chihuahua, para ocuparse “de las ideas y cómo estas operan en sentido ideológico”. La prensa como fuente primaria de información destaca en los capítulos de Ana Laura Ramos, Mariana Mastrángelo y Viviana Bravo. Ramos lo hace buscando la respuesta a

la pregunta ¿qué les pasa a las izquierdas cuando es la derecha quién toma la bandera antiimperialista? El caso es la guerra de las Malvinas. En el segundo, Mastrángelo recurre a la prensa y específicamente a la fotografía (además de la entrevista) “para estudiar un hecho que ha dejado escasos registros”, referido al peculiar arribo de un comunista al gobierno de Brinkmann, en la Argentina de 1958. El tercero desde la geografía chilena, Bravo busca no se diluya la presencia de la clase trabajadora ni sus vínculos con la izquierda, en la historiografía del periodo desarrollista. Con el análisis de prensa de la época invita a repensar hacia “una reflexión que incorpore el mundo del trabajo y de la vida” en tanto ámbitos no disociados. Como tercera gran fuente está la memoria, recuperada con historia oral y fuentes documentales, en los capítulos de Gustavo López y de Edna Ovalle se suma la experiencia propia. El primero estudia la acción obrera en el sistema de transporte Metro en los inicios de la “insurgencia sindical” de la década de los 70 en México, allí, el activismo estudiantil de izquierda integrado a la clase trabajadora puso en práctica y a prueba formas de lucha y organización, ahora en el ámbito sindical. El capítulo de Ovalle, ubicado en la conservadora ciudad de Monterrey (México), abre una línea de reflexión que entrelaza cultura regional, coyuntura histórica y juventudes politizadas, para discernir acerca de las motivaciones de jóvenes militantes que transitaron de organizaciones de izquierda a la participación en organizaciones político-militares en la década de los 70.

La temporalidad del libro comprende de los años 50 hacia acá, no por casualidad, a mitad del siglo pasado se anunciaban síntomas de los desiguales resultados de las políticas desarrollistas del capitalismo en América Latina; la política de industrialización perfiló y engrosó una clase trabajadora que luchaba en fábricas y barrios por mejores condiciones de vida, las izquierdas proliferaron, las ideas socialistas que recorrían el continente desde principios del siglo tuvieron sus mayores retos en las décadas de 1960 y 1970.

Paso a resumir los capítulos, permitiéndome invertir el orden de aparición en base al criterio de la presencia de pueblos y de la praxis, palabra de uso común en la izquierda de la época aquí estudiada.

Viviana Bravo es autora de *“Clase trabajadora, izquierda y protesta urbana en la crisis del desarrollismo (Chile 1960-1962)”*. La primera industrialización en América Latina quedó en las teorías desarrollistas como el tiempo en que la clase obrera mejoró sus condiciones de vida, gracias al consenso entre Estado y trabajadores. Frente a esta visión, literatura de los años 60 y 70 mostraba la relación compleja y conflictiva que se dio entre trabajadores, capital y gobierno. Desde los años 50 crecían en Chile organizaciones sindicales que se comunicaban con presencia e influencia de partidos de izquierda. De ese fermento surge la Central Unitaria de Trabajadores [CUT] en 1953, con mostrada capacidad de convocatoria en el movimiento obrero y popular que aprendieron y ejercieron su derecho a tomar las calles, creando una cultura política. La clase asalariada enfrentaba la carestía, la inflación, la creciente desigualdad económica, es decir, a los resultados finales del “desarrollismo” en América Latina.

En la actualidad, plantea la autora, existe un problema historiográfico pues, “lejos de comprender y explicar la nueva conformación de la clase trabajadora al calor de las políticas desarrollistas, se ha tendido a abordarlos simplemente como pobladores o grupos marginales.” Viviana propone recuperar conceptos de clase en lugar de desvanecerlos en términos genéricos y pensarlos como “clase trabajadora”, e incorporar “el mundo del trabajo y de la vida, junto a una trayectoria histórica más amplia. Asimismo propone recuperar “lo relevante del vínculo que establece esa clase con la izquierda.” En su texto construido a partir de prensa de la época y literatura especializada, desarrolla dos movimientos emblemáticos que mostraron la existencia de una cultura proletaria con capacidades de convocatoria, movilización y resistencia tanto sindical como barrial, tomando las calles masivamente como principal escenario de protesta, frente a un Estado que lejos de generar consenso les mandó a los carabineros y reprimió, encarceló, hirió y asesinó. Los sucesos los denomina: El gobierno de los gerentes y la marcha por los reajustes: 9 de noviembre 1960; y El paro nacional y la matanza en la población José María Caro: 19 de noviembre 1962.

Viviana nos entrega una clase viva, terrenal y una izquierda al lado, como creo debe ser. No hay manera de no pensar al leerla en la impronta de esas culturas barriales, proletarias, en el Chile movilizado de hoy.

Desde la geografía argentina Mariana Mastrángelo escribe “*Memoria de una intendencia comunista, Brinkmann, Córdoba, Argentina, 1958.*” Resulta que ese año gana las elecciones Félix Stradella, obrero de la construcción y comunista. ¿Cómo? Mariana dice que el hecho se sustenta “en un proceso acumulativo de prácticas de izquierda que pueden rastrearse desde principios del siglo xx.” Desde los años 20, como en muchas otras partes de nuestra América Latina, entre pueblos y medianas ciudades circulaban ideas y promotores de ideas anarquistas, socialistas y comunistas, se acercaban para promover la cooperación, la ayuda mutua, la organización gremial, contribuyendo a culturas colaborativas o al menos de aceptación de quienes simpatizaban con ideas libertarias.

La reconstrucción de esta memoria se enfrentó a la insuficiencia de fuentes documentales, así que la autora hizo acopio de publicaciones de la época (periódico y revista) y añadió la fotografía como “relatos con sustancia propia” y no meras ilustraciones. Como recurso interpretativo recurre al concepto de “Estructuras de sentimiento”. Así, con el recuerdo de algunos entrevistados, va desbrozando una historia que parece inusual en pueblos más bien conservadores (como casi todos, de hecho) donde, por ejemplo, coexisten figuras casi opuestas como el cura y el comunista.

Las elecciones son ganadas y celebradas, ganó un comunista. Y ganó no por serlo sino a pesar de ello, como menciona un autor citado en el texto, gana porque era popular como buen jugador de fútbol y porque “era muy buena persona.” Mastrangelo nos relata lo que esa intendencia pudo hacer por el bien común en dos años de existencia.

Ser comunista no fue óbice para elegir a Stradella como intendente, porque había valores comunes por arriba de la definición ideológica. Aquí vemos la importancia de la escala humana, Brinkmann era un pueblo de 2,500 habitantes. La posibilidad de conocerse en el barrio, en el trabajo,

en el juego, de trabar amistad e intereses comunes, icómo no elegir a un buen muchacho!

Experiencias como ésta nos sirven para repensar: ¿Qué le importa al común de la gente al tomar decisiones políticas? A la luz de historia como ésta parece que no son las teorías y menos los futuros inimaginables en su cotidianeidad. A lo mejor son cosas tan poderosas como la amistad: “Para mí la amistad ha sido la fuente, la condición y el contexto de una posible realización del compromiso y la afinidad de ideas. (Illich, 2019: 180)

El capítulo de Edna Ovalle, *Tránsito de militancias y el movimiento estudiantil en Monterrey a finales de los años sesenta (Siglo XX)*, nos lleva a un fundamental punto de partida: ¿qué circunstancias motivaron la decisión de jóvenes de izquierda de sumarse, y hasta fundar organizaciones político militares? El contexto es una ciudad industrial que demandó masivamente fuerza de trabajo fabril para la gran industria, se crearon universidades públicas y privadas que atrajeron estudiantes de otros lados del país, y proliferaron agrupaciones de izquierda y de derecha declaradas abiertamente anticomunistas. Al igual que en el Chile desarrollista, la distribución fue inequitativa y polarizada fue la confrontación entre los sindicatos de industria y la burguesía patronal.

En los años 60 el activismo estudiantil local florece, ganan presencia en universidades pública y privada, en la Normal, se solidarizan con luchas sindicales, y en un temprano 68 se acuerpan, se integran y se movilizan contra el encarecimiento de la universidad pública. En contraste, las organizaciones de izquierda (algunas conformadas por profesores universitarios) no contemplaban el lugar de los jóvenes en sus programas, que atendían principalmente el qué hacer en el movimiento obrero. Además, al interior, surgen los debates y redefiniciones ante sucesos como la revolución cubana, el asalto al cuartel en Madera.... Y así se llega al 68 en su dimensión nacional.

Ante la masacre, los jóvenes del Partido Comunista, del espartaquismo, del cristianismo no encontraron respuestas en sus organizaciones...

unos se adelantan, así surgen las Fuerzas de Liberación Nacional (antecedente del EZLN). Transitan algunos porque, como menciona Rosa Alvina Garabito: “Con lo que sucedió en la masacre de Tlatelolco tuve la certeza de que no podía continuar en la vida como si nada hubiese pasado.” De aquí emergen quienes concibieron la Liga Comunista 23 de Septiembre en abierta crítica al vanguardismo dentro de sus organizaciones. Cita Ovalle a Raúl Ramos Zavala: “La izquierda revolucionaria no pudo contestar. No había una concepción consecuente para la acción de masas en México ni tampoco la consciencia de que son éstas y no las vanguardias y prevanguardias las que marcan el ritmo de la acción.” Todo estaba dicho. El PC siguió su derrotero de ganar espacios de poder institucional. Concluye Edna: “No se puede generalizar, no lo realizaron todos los militantes, sin embargo, lo que sí se puede afirmar es que no fue repentino, duró tiempo y se realizó en constante discusión interna e interacción con la realidad política y social.”

Esta investigación, con su obligada continuación, es esa precuela esperada que inhibe el prejuicio condenatorio y ahistórico de un tipo de militancia, y para seguir armando el rompecabezas qué mejor que las investigaciones de Ovalle, Peñaloza y Necochea se pudieran integrar.

“Las organizaciones de izquierda en el Sindicato de los Trabajadores del Metro, en la Ciudad de México, 1970-1990.” El capítulo de Gustavo López me parece el más cercano a esa llamada praxis. Regularmente la participación de grupos de izquierda entre la clase obrera se realizó de forma externa: repartiendo prensa para concientizar (como los casos aquí tratados de Madera y El Martillo), reclutando, formando grupos de estudio, etc. En el caso del Metro, además de la presencia de diversos grupos de tendencias ideológicas diversas, parte del activismo de izquierda lo conformó una naciente clase laborante que “que compartían rasgos comunes, entre otros, destacaba su escolaridad y juventud”. Eran egresados de las Prepas, otros aun eran estudiantes de la UNAM, del Politécnico, una juventud que vivió directa o indirectamente las movilizaciones estudiantiles de 1968. Tal vez entraban a trabajar por mandato político, o por necesidad económica, o por ambos motivos.

A partir de la cronología propuesta por el autor, 1970 es el punto de arranque con la formación del sindicato gremial y la decisión de los trabajadores por hacer de su sindicato una organización democrática. En las formas de lucha y organización (asambleas, volanteo, formación de brigadas informativas, creación de periódicos propios, vinculación con otros movimientos sociales, etcétera), Gustavo reconoce la influencia y presencia de la experiencia emanada del movimiento de 1968, que “abonaron de manera sustantiva los horizontes de las luchas que fueron perfilando lo que más tarde se conocería como la insurgencia sindical.” La resistencia es la acción que guía la historia que se narra, no sólo contra patrones y líderes “charros” también por la cooptación de trabajadores que se destacaban como oposición. En su haber, los trabajadores del Metro lograron sustraer su sindicato del corporativismo, de mejorar su contrato colectivo y reglamento de trabajo.

La resistencia también fue para recuperarse de la represión y la pérdida de la dirección sindical en el periodo estudiado. López Laredo nos muestra los momentos progresivos que articularon experiencia y presencia de la izquierda no sólo como conciencia externa, sino como la egresada del mundo universitario que se transformaba en clase asalariada. Las últimas etapas de la cronología solamente quedaron esbozadas, consisten en la acentuación de la restauración del corporativismo, esta parte del análisis puede ser tan rico como lo expuesto, pues seguramente puede aportar elementos para comprender y aprender de los errores, tan importante conocerlos como lo es aprender de los triunfos. Esperaremos esa entrega.

Alejandro Peñaloza Torres es el autor de *“La construcción de la identidad política de la Liga Comunista 23 de septiembre a través de su publicación, el periódico Madera.”* Adentrarse a estudiar una organización clandestina como lo fue la Liga Comunista 23 de Septiembre (en adelante LC23S) enfrenta la escasez de fuentes primarias. Pueda ser esta una de las razones del autor para hacerlo a partir de uno de sus instrumentos, el periódico; que repartiéndose clandestinamente se volvía público para realizar la propaganda revolucionaria. La LC23S fue “una organización de izquierda, clandestina y armada que existió entre 1973 y 1981”, ideada

por Raúl Ramos Zavala e Ignacio Salas Obregón, de quienes el autor resume sus perfiles y el contexto político que vivieron. El desarrollo del texto se guía con los llamados “ejes esenciales” de la LC23S: “la idea de la vanguardia del proletariado, la violencia revolucionaria como método de transformación social y la creación del mismo periódico Madera como eje rector de toda su acción política y militar.” Es decir, lo que en ese momento se entendió como la línea marxista-leninista hacia la revolución proletaria.

Acorde a lo anterior Madera, que existió entre 1974 y 1981, pregona que el cambio de sistema sólo podrá ser insurreccional, por la vía armada y con un partido político como organizador dirigente del proletariado, por tanto, todo triunfo antes de la toma del poder mediante las armas sólo podía ser coyuntural, de allí el rechazo a toda lucha por reformas y de movimientos “nacionalistas” o de “liberación” y por tanto, su crítica radical a la política reformista que para Madera encarnaban los partidos existentes.

No obstante que Peñaloza señala la existencia de escisiones internas que fracturaron la Liga hacia 1975-1976, y que el discurso sobre la violencia armada en la práctica se redujo a acciones de carácter defensivo, no son elementos que cuestionen su propósito de caracterizar políticamente a la Liga como una entidad homogénea a partir de un órgano pensado no para los militantes sino para la propaganda. Esta interrogante parte del estudio de la LC23S de Palacios (2013) a partir de las Actas de fundación y su propia militancia, que afirma que ésta tuvo una existencia efímera de poco más de un año y su fragmentación dio paso a diversos grupos, entre ellos el que escribía y difundía el *Madera*. La investigación es compleja y Peñaloza está en el camino de las posibles respuestas.

En su capítulo “Prensa de izquierda. Desenmascarar la ideología, explicar la realidad”, Gerardo Necochea trata otra publicación periódica nacida para formar y organizar, El Martillo. Surge en Chihuahua, con vida de 1972 a 1986. El análisis de la concepción ideológica se concentra en la columna editorial, encargada de difundir los “propósitos de desenmascarar la ideología burguesa, difundir las luchas de los trabajadores y transmitir

la ideología proletaria.” El Martillo a diferencia del Madera, no es el órgano de una agrupación, es el fin en sí mismo. Sus editores, que también provenían del mundo universitario, reconocían que la acción guerrillera local había alentado la formación de organizaciones populares como el Comité de Defensa Popular y su propia publicación. El Martillo llamaba a la comprensión de la realidad mexicana para la organización autónoma del proletariado, no llamaba al combate guerrillero –con la crítica apoyada en Gramsci– porque “...la lucha en el terreno del enemigo conduce al desgaste y a la derrota.” Confiar en la organización desde abajo con el empujoncito de los revolucionarios, también deslindó a El Martillo de la vía electoral, en la que no se reflejaban “los intereses de la clase obrera” y con ello haciendo “innecesaria la existencia del teatro electoral.”

Necoechea estudia un periódico que se toma en serio el llamado leninista... y gramsciano, a ser educador. Para combatir la ideología burguesa en cuanto dique para la toma de conciencia de las masas, El Martillo explica, comunica y enlaza otras luchas, orienta, para revertir la despolitización. Con intención pedagógica se analiza el movimiento obrero (la referida *insurgencia sindical*), las luchas populares y estudiantiles, para mostrar el conflicto de clase que subyacía. El Martillo puede ilustrar el compromiso de cientos de militantes en este periodo, convencidos del carácter de vanguardia del proletariado y de su papel de señalarles “el camino a seguir.”

No obstante, comprendían lo profundo del dominio de la burguesía, con elementos ideológicos tan internalizados difíciles de mostrar y cuestionar su relevancia en la conciencia popular. Eso que Thompson llama “ideología latente”, señala el autor, y que en el caso mexicano la ubica simbólicamente en la revolución mexicana y el nacionalismo revolucionario.

Esta militancia comprometida fue confrontándose a ese hueso duro de roer, la confianza en la gradual movilización obrera hacia la insurrección organizada, al entrar la década de 1980 fue sumando derrotas sindicales, debilitamiento del movimiento de masas, reforma electoral... como otros, El Martillo se enfrentaba al enorme compromiso político

e ideológico asumido. El último número apareció para el 1 de mayo de 1986.

Cierra su capítulo Gerardo: “Ironías de la historia, dos años más tarde muchos de los que formaron el colectivo editorial se sumaron al naciente Partido de la Revolución Democrática, bajo el liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas.”

“La guerra de las Malvinas. Cuando un gobierno criminal abandera una causa justa. Análisis desde la prensa mexicana” es autoría de Ana Laura Ramos. En abril de 1982, la Junta Militar argentina inició una guerra contra Inglaterra para recuperar el territorio insular de las Malvinas, a los 74 días “terminó con una derrota incondicional de los militares argentinos.” Este suceso es objeto de estudio de Ramos para indagar sobre la postura y argumentos de gobiernos, organizaciones e individuos de izquierda que se solidarizaron con lo que consideraron una legítima lucha antimperialista, que, dice la autora “logró unificar filas de diversos sectores, incluso de los que la propia Junta había reprimido, exiliado, empobrecido, y creó la percepción de que el enemigo estaba afuera del país.”

Luego del encuadre histórico sobre la relevancia de las Malvinas en la idea de la soberanía argentina, analiza la polémica y posicionamientos a través de la prensa comercial mexicana en el año de 1982.

La fuerza del discurso antimperialista y soberanía nacional se sobrepuso a la calidad de los gobernantes, una dictadura militar. Transformada en afrenta contra el pueblo de la Argentina, numerosos gobiernos latinoamericanos declararon su apoyo, se destacan los casos de Cuba y Nicaragua. En este nivel corrieron además numerosos intereses económicos y políticos que aprovecharon la coyuntura bélica.

La polémica aparece con el posicionamiento de organismos e individuos de izquierda. En este garlito desfilan líderes montoneros exilados, la CGT argentina... inflamados de nacionalismo. En México se manifestaron

partidos como el PSUM con un sí pero no. La nota la dio el PRT apoyando a la Junta que provocó el rudo rechazo del PRT argentino.

La contraparte la expresaron políticos intelectuales argentinos exiliados en México e incansables críticos de la dictadura: Gregorio Selser, Adolfo Gilly y Guillermo Almeyra. El mejor resumen lo escribió Selser, quien llamó a la contienda militar pro Malvinas, “Show de barato patriotismo.”

Si regresamos al concepto thompsoniano de *ideología latente* mencionado por Necochea, este evento nos permite vislumbrar que nacionalismo y antimperialismo como nociones ideológicas, no sólo están fuertemente arraigadas en la “masa popular” sino entre aquellos que llamándose de izquierda pueden confundirse y a salir a luchar “contra los enemigos de sus enemigos”.

Marcos Montysuma escribe *“La neolengua como cultura política. El enfrentamiento entre izquierda y derecha en Brasil en el tiempo presente.”* El poder establecido hace uso de todos los recursos para permanecer, por lo que generar consenso entre las clases subalternas es fundamental, uno de los recursos más efectivos es el lenguaje, las palabras y el significado que predomina como discurso social. Un tema que es abordado por Gramsci, Angenot, Paoli, Gee...Montysuma lo trata a partir de la literatura, de “1984” de Orwell y su término de *neolengua* para acercarse a la comprensión “de los enfrentamientos políticos entre la derecha y la izquierda en Brasil.” El lenguaje, las palabras, son ajustadas en su significado como acción política de dominio, incluso hasta convertir en equivalentes palabras de significado opuesto: “la guerra es la paz”.

El autor describe este tipo de confrontación a través del lenguaje y cómo se transforma negativamente todo término relacionado con oposición al poder: “En general, la intención siempre es la misma: vincular el activismo político de izquierda con el mal, y ese mal debe combatirse en todas sus formas; la izquierda debe ser combatida con hierro y fuego; eliminada.” Desde Goulart hasta Bolsonaro, definirse de izquierda conlleva el ser vistos como “peludos, cabezones, vagabundos, traidores, enemigos de la patria, quinta columna.” Y ésta, como en “1984” es una labor de

persuasión, de repetición, de intimidación. El ajuste y reajuste del discurso social, de *neolengua*, en Brasil como en el mundo de Winston, es tarea permanente de los Ministerios.

“El pensamiento gramsciano y la izquierda heterodoxa. El caso del Movimiento de Acción Popular”, escrito por Patricia Pensado. El capítulo trata sobre un grupo de intelectuales mexicanos inscritos en la “generación del 68”. La autora recorre la trayectoria de este grupo de “marxistas heterodoxos” desde su participación en diversas publicaciones, entre otras: Cuadernos Políticos y Punto Crítico, la adhesión al movimiento sindical electricista de la Tendencia Democrática de Rafael Galván [impulsor del “nacionalismo revolucionario”], la formación del grupo político Movimiento de Acción Popular [MAP], la integración a la política electoral en los partidos que fueron derivándose del extinto Partido Comunista Mexicano hasta llegar al PRD y al Partido Socialdemócrata en los años 90.

El núcleo del capítulo es vincular los planteamientos y acciones de este grupo al pensamiento de Gramsci. Primero, divide a la izquierda de los años 60 y 70 entre ortodoxos-estalinistas (que no leyeron “masivamente” a Gramsci), y los heterodoxos-marxistas que sí lo leyeron (como el grupo en cuestión): aquellos intelectuales críticos de la visión de las organizaciones estalinistas de la época. Segundo, la lectura de Gramsci, dice Pensado: “les proporcionó fundamentos para sustentar sus tesis acerca del Estado mexicano y los movimientos sociales, debido a que validaba la lucha política reformista dirigida a crear condiciones de mayor igualdad en los aspectos de la vida social y económica dentro del capitalismo, lo cual contribuiría a configurar una nueva hegemonía de los trabajadores y de las masas populares en la sociedad y el Estado” (p. 62).

Imagino que para la autora la extensión acordada de los capítulos le impidió desarrollar al menos uno de los planteamientos gramscianos, que en su interpretación, respalde con solidez su afirmación sobre el “reformismo” en Gramsci. Yo tampoco cuento con el espacio para desarrollar la aguda crítica de Gramsci al oportunismo, el parlamentarismo, el reformismo en el Partido Socialista italiano, ni sobre su diáfana concepción

del partido comunista obrero, como partido de masas. Cedo el lugar a los lectores del libro.

Mauricio Archila es el autor de *“Reflexiones conceptuales y metodológicas sobre las izquierdas en América Latina.”* Presentado como “un diálogo con mi experiencia en la actual coyuntura colombiana”, dialoga con los italianos Bobbio y Traverso y discute con Pozzi. Con Bobbio ratifica la certeza de la diada topográfica izquierda/derecha, el “centro” sirve para esconder pasados de izquierda y disfrazar los embates de la derecha. Defiende ante Pozzi la utilidad no banal de la “distinción topográfica” si se recupera en el nivel de los principios los de libertad e igualdad y su entrecruce, *equilibertad*, que propone Bobbio; Archila lo ajusta como *igualibertad* y ya apropiada de la lectura, me permito sugerir *igualtad*.

Definir izquierda es reconocerlas como plurales, no homogéneas, en un “continuo hacerse históricamente.” Justo en este reconocimiento de la diferencia, el autor atrae el concepto de *interseccionalidad*, como el nuevo eje de las izquierdas hoy y su posibilidad de sobrevivencia.

Del libro de Traverso “Melancolía de Izquierda”, Archila hace apuntes “para ver si nos sirve para entender a las izquierdas latinoamericanas de hoy.” El planteamiento se remite a la impronta de la “derrota del socialismo realmente construido”, adiós utopía, adiós certeza de futuro. Asume, citando a Traverso: “que la actual izquierda está en un estado de duelo reflexivo, pero no inhabilitante de la acción.” El autor, en síntesis, propone que este estado sirva para el cuestionamiento crítico para atisbar “una nueva utopía anticapitalista.”

Con el gran valor que tiene la reflexión de Archila, pienso que es una propuesta interpelada por la condición generacional y la *interseccionalidad*, por ejemplo, ¿qué pensarán de esta teoría las jóvenes mujeres que hoy desbordan calles y crean posibilidades de acción colectiva? ¿Qué pensarán los pueblos indígenas que construyen autonomía y que nunca figuraron en los programas de esa izquierda melancólica? Y finalmente, regresando a nuestra generación y nuestra finitud ¿*Habrà manera de*

vivirnos de izquierda, con principios, y no llegar a viejos sin cierta amargura? Pienso que no y pienso que no es nuestro problema principal.

El libro hace homenaje al aforismo de Lichtenberg, leámoslo. Además, “cuesta gratis” como le escuché a un viejito.

TEXTOS CONSULTADOS

Gramsci, Antonio 1988 *Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*. (México: Siglo XXI Editores).

Gramsci, Antonio 1975 *Notas sobre Maquiavelo sobre la política y sobre el Estado moderno* (Barcelona: Juan Pablos).

Harman, Chris 2011 (1977) “Gramsci versus el reformismo” en <https://www.marxists.org/espanol/harman/1983/001.htm>

Illich, Iván 2019 *Los ríos al norte del futuro. Conversaciones con David Cayley*. (México: Alios Ventos Ediciones).

Lichtenberg, Georg Christoph. 1989 (1902), *Aforismos* (México: Fondo de Cultura Económica).

Marx, Karl y Engels, Federico 2019 (1848) *Manifiesto Comunista* (Madrid: Alianza editorial).

Palacios Hernández, Benjamín, 2013 “En busca de la guerrilla perdida. La Liga Comunista 23 de Septiembre” Replicante, 3 febrero en <https://revistareplicante.com/en-busca-de-la-guerrilla-perdida/>

Paoli, Antonio 2002 *La lingüística en Gramsci. Teoría de la comunicación política*. (México: Premiá Editora).

Scott, James C. 2007 *Los dominados y el arte de la resistencia* (México: Ediciones Era).



Boletín del Grupo de Trabajo
Izquierdas: praxis y transformación social

Número 6 · Noviembre 2021